

TROPEZANDO Y CAYENDO

*Al poeta cacereño Enrique Montánchez,
como pago menguado á valiosa fineza.*

I



VILLAGROSA se envanece con su artístico puente sobre el Salar, que casi compite con el de Alcántara en majestad y atrevimiento, aunque de una y otro alardea con mayor razón el castillo de Alzora, elevado sobre enorme bloque de berroqueña cortado á pico por tres de sus aristas. ¡Aún se mantienen enhiestas las gruesas paredes, aún campea el escudo señorial, esculpido en granito, mostrando los cuarteles con el estribo y la barra, todavía es magnífico el patio de honor y se muestra gallarda y altiva la torre del homenaje. Puente y castillo, sin embargo, eran desdeñados por Julián Morales ante las bellezas del jardín de la casa-palacio situada en la calle del Duque. La casa ducal de Alzora posee extensos y ricos fundos en el término de Villagrosa, desde las dehesas recocidas de puro pasto y predios en el valle para pasto y labor, hasta los enmarañados y bravíos de la sierra, donde la encina y el alcornoque libran sorda batalla con la jara, el brezo y la madroñera. En el pueblo, varias casas, muestran el escudo del linajudo y poderoso propietario, y el palacio, vetusto, gris y destartalado, sirve de morada al administrador de tan pingües rentas. El jardín fué obra del duque Miguel Pedro, camarada inseparable de aquel marqués de Mora por quien lanzó tan voluptuosos suspiros mademoiselle de Lespinasse y á quien llamara excelente amigo d'Alembert. El duque Miguel Pedro trajo de Francia la afición á los jardines á lo Le Notre, y en una de sus temporadas de campesino plantó en Villagrosa uno, á imitación de los franceses,

recortado, geométrico, bordeado de bojés, con fuentes y estatuas á las que daban sombra álamos negros, sauces llorones, magnolias y acacias, no permitiendo vivir á más árboles frutales, que á almendros y naranjos; á aquéllos por sus risueñas flores, á éstos por su brillante y almiarado fruto.

Si hoy levantara la cabeza el alegre camarada de Mora y Aranda viera con indignación y pena el estado del jardín, devastado, selvático, destrozadas las simétricas líneas, injuriadas y maltrechas las estatuas, alfombrados de ortigas y yerbajos los paseos, y poblados con una población arbórea heterogénea aquellos cuadros sombríos de naranjos, que formaban la corte de alguna magnolia gigante, henchida de gallardía con su exuberante bosque. Pero lo que el jardín perdiera en simetría geométrica hálo ganado en poética melancolía, y su fronda espesa, sus estatuas destrozadas, sus fuentes convertidas en ténue hilo y su balsámica frescura inundan el alma de emoción y *saudade*, y rincón muestra digno de ser pintado por el prodigioso pincel que inmortalizara *La isla de los Muertos*.

Así lo pensaba Julián Morales, hermano del administrador de la casa de Alzora y huésped á la sazón en el pälacio, que constantemente ambulaba por el poético jardín. Era el retiro que convenía á Julián, gastado miseráblemente en la vida madrileña con las disputas y conferencias del Ateneo, en el laborar vacío entre gárrula verborrea y detonante pedantería, siempre sediento de notoriedad y ruido, siempre ansioso de aplausos, siempre postulando algún mote honroso de los hierofantes de la *cacharrería* ó del saloncillo del Español. Así pasó ocho años desde que se instaló en Madrid de regreso de Bolonia, y las semillas echadas en la institución del Cardenal, la educación extranjera y el vigoroso método para el trabajo, en la villa del Oso se malograron y perdieron. Fué uno de tantos *intelectuales*, sin fe religiosa, sin fe en la raza, sin fe en el porvenir, presa de ese cáncer horrendo, que se apodera de las inteligencias jóvenes y robustas, que se extienden con avidez á todos los ramos del saber sin profundizar en ninguno, para acabar por desconocer su ignorancia y ser víctimas del excepticismo y la pedantería. No de otra manera, plantas nuevas y vigorosas, sucumben atacadas por criptógamas y parásitos, por el vuelo lujurioso y desmedido de brotes y ramajes.

Todavía luchó Julián por su fama algún tiempo, aunque cada vez con más tibias energías, hasta que un doble fracaso acabó de desplomar sus ilusiones. Su tratado de Sociología pasó inadvertido gracias á una «conjura de silencio», según el autor del libro, y en las oposicio-

nes á las cátedras de Derecho Natural de Barcelona y Valladolid no le incluyeron en terna, con notoria injusticia, al decir de varios. Se acabó. Julián Morales sintió que morían sus energías y agonizaban sus esperanzas, y hombre sin fe, ya ni en sí mismo, abrió las puertas al pesimismo más desolador, convirtiendo su espíritu en pozo insondable rebosante de despecho y amargura. En tal estado de ánimo, se acordó de su hermano Juan, administrador del duque de Alzora en Villagrosa, y un día se presentó en el viejo palacio llenando de satisfacción á sus moradores. Fué una tarde del mes de Noviembre, de ese otoño extremeño que compite con la primavera, cuando Octubre ha abierto las compuertas á la lluvia y la tierra se ha hartado tras la sequía ardorosa de cuatro meses de calor abrasador y aire *solano*. Ya los árboles se han limpiado del cendal polvoriento y los de hoja no perenne la sueltan perezosamente, como anciano sus esperanzas; ya la sierra de San Pedro azulea envuelta en ligerísima bruma rosada cuando el sol declina hasta besar los picachos donde el águila anida; ya los campos muestran su alfombra oscura, que arrasa ansioso el ganado, mientras triscan y retozan terneros y corderillos tempranos; ya el alba irisa con más suaves colores su falda corta de madrugadora, sorprendiendo el argentado espolvoreo de los rocios, y los crepúsculos vespertinos son más azules, y el rojo Aldebaran pestañea más radioso y Casiopea se muestra más majestuosa, apartándose hacia el Norte. En una tarde de esta dulce estación, la más agradable en Extremadura, Julián descendió del tren y, entregando el talón del equipaje al conductor de un cochecillo, que hacía el servicio, emprendió á pie la jornada hasta Villagrosa, distante cuatro kilómetros del apeadero.

Pronto lo perdió de vista por internarse á traves de un encinar, que cruzaba un camino de herradura hasta Villagrosa. ¡Campos villagrosanos de augusta soledad, de despoblación monótona, de suave piso y puro ambiente!: vosotros habréis sentido el paso arrollador del hombre furioso en algún pastor despedido, en algún gañan lleno de justos celos; vosotros habréis contemplado la vanidad y la soberbia en tal cual hidalguillo de lugar, vejado en la Capital por la política ó corrido en el pueblo por algún desaire del Alcalde ó del Juez de paz; no os serán desconocidos el semblante de la envidia y de la codicia en el yuntero y el colono, que sufren con la lozanía de la *hoja* de su vecino y miran con ojos fulgurantes las *cuadrillas* de su padre, que ansían heredar usurpándolas por artes viles á sus hermanos: todos los pecados capitales, todas las miserias y las desgracias humanas, la pobreza, la enfermedad, el duelo, han hollado vuestra alfombra, han

pisado vuestro polvo; pero lo que quizá no habríais visto es un espíritu de treinta años, que quedara insensible al respirar el aire de su país, una frente que no se levanta para mirar el cielo de su rincón, unos ojos, que vagan errabundos, sin contemplar la encina bronca y recia, la coguta graciosa que patina de lado á lado del camino, la lagartija verde que se solea sobre piedra rodadiza; no habíais acaso comprendido á un hombre que no siente, que se le recalientan las entrañas al ver al cabo de dilatada ausencia la torre de la iglesia donde le bautizaron. Allá vá el filósofo jurisconsulto, comentador de Spencer y Nietzsche, secuaz de Ferri y Cimbali, frío y seco como sarmiento de vid en la leñera; en nada cree, nada aguarda y nada le indigna. No es un galeote en la nave social, no le han encorvado las espaldas los huracanes de la vida, no se ha batido contra la tiranía, ni la miseria: en el simulacro de sus maniobras ha perdido la fe y es tan inútil, como artillero mutilado en el campo de tiro. Le ha mordido la envidia en el Ateneo, en la prensa y en las oposiciones y la deducción que hace es, que solo la iniquidad existe.

Por eso no repara, ni le alegra el paisaje, por eso apenas si corresponde á los efusivos abrazos de su hermano y de su cuñada radiantes de júbilo, por eso cuando se presenta Amparo, hermana de su cuñada y oye decir al bondadoso Juan:—aquí donde le veis es un sabio—Julián contesta con la más despreciativa sonrisa:—Soy un fracasado.

II

Juan Morales vivía felizmente, sin otra nubecilla en el cielo de su dicha, que la falta de sucesión. Al cabo de catorce años de matrimonio se había resignado, y su cariño lo compartían Manuela, su mujer, y Julián, su hermano. Vivía enamorado de la primera como el día que les echaron las bendiciones; y aunque ella había embastecido perdiendo gracia el talle, morbidez las formas y gentileza la persona, todavía conservaba frescura en su carita aniñada y morena, que embellecían unos ojos negros, de mimosa y tierna expresión y una boca, chiquita y roja, de gracioso juego. Era una mujer sencilla, hacendosa y buena, digna del honrado varón que la hiciera su consorte, sin más afanes que los caseros y sin otros gustos que los de su marido, á quien adoraba. Reflejo de tal amor era el afecto que sentía por Julián, eaquel cuñado á quien apenas tratara, pero del que oía de continuo stupendas alabanzas á quien ella tenía por infalible, á Juan. El dichoso

matrimonio vivía saboreando dulcemente su tranquila felicidad, recamada con el bienestar de una más que desahogada fortuna, cuando en Cáceres falleció el padre de Manuela, dejando desvalida á otra hija de diez y seis años llamada Amparo, por quien sentía la hermana casada el mismo cariño apasionado, que su marido por Julián.

Si Juan hablaba del talentazo inmenso, de la cultura extraordinaria y de la hermosa palabra del ateneista, Manuela equiparaba tales cualidades á la belleza, discreción y habilidad de su hermana, acabando por reconocer y confesar con sincera modestia, que los solteros valían mucho más que los casados. Y confundían el recíproco afecto, que cada cual sentía por su hermano, hasta el punto de que ninguna mujer podía competir con Amparo, según Juan, ni ningún joven con Julián, según Manuela. Cuando murió el suegro, el honrado administrador de la casa de Alzora y médico titular de Villagrosa tuvo viva satisfacción en recoger á la cuñada huérfana, para la que fué, más que tutor ó hermano, un padre. Y ¡vive Dios! que la muchacha se merecía tan tierno afecto.

Igual de carácter y éste dulce, bella de cuerpo y de alma, algo soñadora, discreta y de graciosos y elegantes movimientos, Amparo se apoderó por completo de sus hermanos, y bien pronto fué el alma de la casa; la avecilla que la alegraba con sus cantos y sus risas, hada linda y gentil del viejo palacio, que parecía remozado y contento con aquella brisa de lozana juventud que, encarnada en Amparo, se colara por el claveteado postigo.

Los muchachos de Villagrosa siguieron ojo avizor la sazón de tan hermoso capullo; pero hoy este abogado, ayer aquel hidalguelo y antes esotro rentista calabaceados con discreta finura, convencieron á la *pollería* villagrosana, que no sería de aquella generación y tierra el tirano, que rindiera á la linda cuñada del Administrador del Duque. Tacháronla de presumida y orgullosa y pronto un despechado dió con el mote inevitable, la *Duquesita*. Ella, sin embargo, no se enfadó con nadie, siguió tratando de la misma manera á las gentes, aunque siempre retraída y ajena al chismorreó local, y sus días corrían en dulce placidez entre sus flores de la azotea, sus palomas pintadas y su Erard de cola, en la envidiable despreocupación del porvenir de quien es feliz en el presente y no le amargan los recuerdos del pasado. Cuando cumplió los diez y ocho años, le dijo Juan:—Niñita, ya hay que ir pensando en casarte.

—¿Se vá haciendo la carga pesada?

— Al contrario, con tus zalamerías y mimos te has convertido en

una necesidad para nosotros. Pero la vida... es la vida. Tu hermana ó yo podemos faltar... y luego cuando se llega á cierta edad...

—No soy tan vieja, cuñado. Hasta los veintidos no se casó Manuela contigo; y si del cielo ha de bajar la boda hay que esperar á que caiga.

—Al que le cae el premio gordo es á quien te conquiste.

—Calla, adulador...—El ave se sentía implume, aunque tenía alas; el día que se revistiera, ya volaría para formar su nido en cuanto oyera los primeros trinos del macho que la enamorara.

El tiempo corría viendo impasible la dicha de los moradores del palacio de Alzora, cuando inopinadamente se presentó Julián; y no el Julián estudiante, de crespos cabellos peinados cuidadosamente, de ojos castaños, húmedos y risueños y barbilla recortada, de gracia femenil, sino un mocetón recio y de cuadradas espaldas, con el cabello hirsuto sembrado de algunas canas, de ojos mortecinos y tristonos, la boca con un constante mohín desdeñoso, acentuado por las guías del bigote levantadas y las mejillas cubiertas de barba fuerte acabada en punta. Al cabo de once años se había transformado de manera, que Amparo no le hubiera conocido, y á Manuela le parecía mentira fuera aquél el adolescente á quien besó la tarde de su boda después de la ceremonia nupcial. Pronto supieron que el trabajo, las batallas de su vida y el amargor de los desengaños le habían envejecido, aunque conservara fuertes sus miembros y cierta belleza, de melancólica dureza en las facciones. En seguida comunicó su plan á la familia. Si era un vencido, no estaba aniquilado; iba á orear su alma y su cuerpo, á cobrar energías para entrar nuevamente en pelea, y en las soledades á que se condenaría, buscaría inspiración para escribir una nueva obra fragorosa, de ruido, que ensordeciera al *katipunam* madrileño y le obligara á rendirse ante el talento del que creían gozquezuelo y tenía garras de león.

Y dicho y hecho, en cuanto llegaron los libros, se encerró en su cuarto, despreció los hábitos y á las gentes de Villagrosa, y fuera de las horas del paseo, que daba con su hermano por las tardes, no vivía sino en su pensamiento, siendo un extraño en la casa y para la familia. Pero ¡ay! no es lo mismo concebir que ejecutar, sobre todo cuando se edifica sobre la base de lo ideológico é imaginativo. Unas veces había que romper las cuartillas porque lo escrito no correspondía al vigor ó á la belleza de lo pensado, otras la inspiración huía, ante la pluma y el papel, dejando retorcerse en la impotencia al pobre autor, que desesperado y trémulo, abandonaba el despacho para soborear sus hieles

en el abandonado jardín. Allí se le calmaba la excitación. El aire húmedo y cargado de aromas tonificaba sus nervios deprimidos, la vista se estrellaba en los bloques de arbustos, que mostraban todos los tonos del color verde, desde el ceniza de algún olivo al azulado del eucaliptus, el bronceado de las magnolias y naranjos, el esmeraldino de las acacias, el intenso de las ortigas y yerbas y el amarillento de los llorones.

—Todo verde, el color de la esperanza, pensaba el mozo abatido, y bien pronto, reaccionando sobre su debilidad la fantasía, con fuerza plasmadora, trazaba el castillo ideal de su gloria. Se veía ensalzado, aclamado, su obra era un monumento de saber, una filigrana de estilo, una antorcha para el pensamiento moderno, que podría sondear en esos fondos del oceano de la conciencia social como *totum*, como macrocosmos psíquico, y el fenómeno intermental y superorgánico y el de la interespiritualización serían para el sociólogo del porvenir, después de Julián Morales, lo que es el paso de un cometa para los astrónomos de hoy, después de Galileo, Kepler y Newton. Su obra le sería más cara que á la madre el hijo concebido en el primer abrazo, en el que las fuentes de la vida corren á fuerza de dolores, sería el obelisco de un genio á su tiempo, á su raza y á su patria, y él como mayor premio pronunciaría muy quedo y con acento de unción, para que su conciencia lo grabara y nunca lo olvidase, el grito de triunfo de todos los grandes creadores: *non omnis moriar*, no moriré del todo.

Y con la visión fulgurante de su ideal, Julián Morales vagaba por el jardín del duque Miguel Pedro con la vista centelleante, entreabierta la boca, que jadeaba ansiosa, erguido el pecho, como triunfador que al cabo impera, alta la cabeza con la frente herida por el rayo divino de la gloria, que le envolvía embelleciéndole, haciéndole rey y señor en la calma augusta del jardín, adornado con notas y colores, con líneas y juegos de luz puestos de propósito para él por la madre Naturaleza. Rumor de brisa en la fronda, trinos y gorjeos de los pájaros, radiación cabrilleante de superficies, matices de la gama del color, árboles y flores, fuentes y estatuas, todo sonreía ante el vidente de su propia dicha, quien no reparaba en un visillo levantado, denunciador de espionaje femenino.

III

Para la Duquesita no fué al principio un acontecimiento la llegada de Julián, porque el ateneista apenas si hizo caso de la muchacha. Tras-

tornado por su doloroso despecho, ansioso del desquite y sin otro afán que su idea, Julián Morales no reparó en la gracia y en la gentileza triunfadora de Amparo. No se le ocurrió oírle tocar el piano, ni examinar sus labores de bordado y malla, en las que era profesora, y en las tertulias de sobremesa con la familia, no hablaba sino de sí mismo. Amparo callaba, y contagiada del furor de admiración de su cuñado y su hermana, que oían embobados á Julián, la chica sentía honda simpatía por aquel arrogante mozo, que, con mirada centelleante y ademán irreprochable, acentuaba sus relatos y proyectos, formulados con cálida elocuencia. Oírle contar cómo en él las ideas maduraban, se transformaban y tomaban carne y sangre cual la empolladura al tibio contacto del ave en el nido; escucharle expresar, con vehemencia de convencido, con unción de apóstol, la confianza que tenía en vencer la iniquidad artera de sus envidiosos cofrades; verle siempre ardoroso hablar de sus sentimientos, ocultos, como perlas entre valvas, por miedo á que la ruindad ajena los ajase ó hiriese, era un encanto para la linda muchacha, cuyos ojazos claros y serenos, como los del madrigal famoso, miraban dulce y fíjamente al orador ofreciéndole el alma. No se daba cuenta de que estaba enamorada de Julián, al que creía muy superior y digno de mujer de más valía que una provinciana, cuando llegó hasta ella el rumor, corriente en el pueblo, de que eran novios. Púsose roja primero, pálida hasta la lividez en seguida, y cuando, para ocultar la emoción, se encerró en su cuarto, quedóse en el centro inmóvil, fruncido el entrecejo y cruzados los brazos sin pensar, ni respirar apenas, hasta que un suspiro desprendido de lo más íntimo de su pecho la arrancó de la parálisis y conoció, que quería á Julián con toda su alma. Quédamente, cual si temiese ser sorprendida, acercóse á la ventana, que daba al jardín, y desviando levemente el visillo vió á Julián en uno de los espasmos, que le causaban sus visiones de gloria. Era otro hombre. Sus ojos castaños estaban dulcificados y miraban con tierna y extática expresión; la boca entreabierta sonreía con afable mohín, harto distinto del desdeñoso que la replegaba con singular dureza; alta la frente, como abarcando y dominando cuanto le rodeaba, mostrábase hermoso y radiante en su ensueño de victoria.

La *Duquesita* advirtió desde su atalaya que estaba sometida, que sería una esclava de aquel soñador elocuente, y azorada con la duda de cuál sería el pensamiento que le transformaba y embellecía, sentía rabiosos impulsos de bajar y decirle:—Mira, bobote, déjate de quimeras profundas y enrevesadas, apártate de ese ansia loca que te domina

y consume, desconfía de esos pensamientos que te embelesan. Lo bueno en este mundo, lo hermoso en esta vida es amarse; que un hombre como tú quiera, con esos tus ardores, á una muchacha como yo, que te comprende sin entenderte, pero que te ofrece las mieles de un corazón que á nadie ha pertenecido.

¡Qué lástima no poder decirle eso ó cosa parecida y que del arrobamiento de la idea cayese en el arrobamiento del amor por ella! Pero además de las conveniencias y de la dignidad, Julián vivía en otro mundo y acaso no la comprendiese. Nunca le había oído hablar de mujeres, sin escucharle sentencias muy sospechosas y emplear con despectivo tono los adjetivos «femenil y mujeril». No había sino callar y esperar. Nada sirve tan bien como lo imprevisto, y la casualidad, como la fortuna, acuden á su capricho, no cuando se las llama. Pero ¡ay! ya el hada gentil del palacio de Alzora no veía transcurrir en plácida tranquilidad el tiempo cuidando flores y tocando sonatas.

El gusanillo del amor creció y creció agitando y destruyendo la dulce monotonía de la vida de Amparo, en la que era la más importante tarea acechar tras un visillo lo que pasaba en el jardín. Nunca le agradó éste por el estado de abandono en que estaba. Sentía tristeza y opresión á la vista de aquella dejadez, que había deshecho los cuadros, dábale hasta miedo aquella umbría lujuriosa y devastadora, que reinaba en todos los ámbitos y cuya soledad le recordaba, sin saber por qué, algo fúnebre y de camposanto. Mas desde que Julián lo había declarado lugar de su predilección sentía viva curiosidad por recorrerlo, no atreviéndose á intentarlo por temor á un encuentro, que la turbaría delatándola. Esperó ocasión propicia y se la ofreció una excursión que hicieron los dos hermanos á una de las varias fincas del Duque.

Salieron por la mañana llevando merienda y no pensaban regresar hasta el anochecer. No bien levantaron los manteles, mientras Manuela se ocupaba en los quehaceres ordinarios, Amparo bajó al jardín y, con pie inseguro, traspuso el dintel separando una cancelita. Mediaba Abril y la primavera era cálida y húmeda. Una enorme florescencia campeaba doquiera, reinando los almendros cuajados de flores blancas y rosáceas, que se destacaban vigorosamente entre el verde oscuro de las magnolias y el menos severo de los naranjos. Allí trepaba la yedra, aquí retoñaban las enredaderas, más lejos rosales selváticos mostraban capullos gigantes y, en el último confín del paseo central, una grandiosa acacia exhibía sus albas flores como borlas de seda. La savia subía rompiendo yemas y empujando brotes, el aire embalsa-

mado enervaba los sentidos, la tierra, fecundada por las lluvias, alentaba vida, y el sol, radioso y espléndido, sonreía, y ante su sonrisa las flores entreabrían sus corolas, los brotes sus embriones, los árboles se esponjaban y los pájaros cuchicheaban con píos y gorjeos de retozo. Andando, andando, llegó al rincón predilecto de Julián. Era entre dos enormes sauces, junto á una fuente con pilón de piedra y en el centro un silfo pretendía contemplar su faz mutilada en el agua verdosa y sin transparencia. Había un poyo de granito, y allí se sentó Amparo, con el pecho anheloso y el corazón oprimido. Acometíala extraña tristeza en aquel lugar sombrío, rodeado de naranjos, entre los que elevaba su penacho un eucaliptus. El feo silfo, la fuente verdinegra, la luz muy cernida á través de tanto follaje, el contraste con otros espacios del jardín florecidos y risueños, la idea de que iba á buscar amor y encontraba penumbra y melancolía, todo ello fué causa de que un acceso de pena la acometiera.

—No me querrá—pensaba, y eso leía en aquel sitio, el único tétrico del jardín, bueno para retiro de un misántropo roído por el tedio; pero atrocemente lóbrego para un corazón femenino de veinte años, arrastrado por la nostalgia del amor. Amparo se levantaba del poyo con los ojos preñados de lágrimas y el alma llena de tristeza, cuando vió á Julián, que avanzaba á largos pasos por una calle, que desembocaba en la fuente. Sobrecogióse de espanto la muchacha, como ladrón sorprendido infraganti, y más se aterrara, si conociese el estado de ánimo en que venía el ateneísta.

Durante la excursión por la finca había preguntado el mayoral al administrador, con la llaneza que permite la sencillez del trato en la región extremeña:—¿Cuándo nos dá un buen día el señorito?—y señaló al forastero.

—¿Cómo?—contestó el aludido.

—Que cuándo es la boda con la señorita Amparo... Entre los de la casa no se habla de otro asunto.

—No hay nada por ahora—terció Juan.

—Pero ¿de dónde ha salido tal enredo?—preguntaba Julián, más tarde, á su hermano.

Y éste, conocedor del medio, le explicaba la génesis probable en alguna conjetura de cualquier desocupado, después el juzgarlo fácil, más tarde darlo por seguro y al cabo esparcirse el rumor inatajable de que era cosa hecha y concluída.—Y por mi parte—añadió Juan—y por la de mi mujer lo veríamos con la mayor satisfacción.

—¿Lo dices de veras?

—Tan de veras que es nuestra conversación diaria. Mi cuñada es la mujer que te conviene por todos estilos. Linda como un lucero, graciosa como una alondra y buena como un angel, parece hecha ni de molde para templar tus ansias de felicidad. Esa niña, que te adora ciegamente...

—Juanillo, tú sueñas ó yo estoy en Belén.

—Ya lo creo que lo estás, porque si no, te hubiera subyugado el esfuerzo adorable de esa criatura para no mostrar más ostensiblemente el amor hacia tí, que le rebosa por todo su ser.

—Eso es cosa vuestra, combinación tuya y de Manuela, que en vuestro cariño para nosotros, habéis forjado tan linda trama.

—No seas necio— le interrumpió Juan con viveza.—Todos los sabios sois tontos en las cosas de la vida, en lo importante en este mundo sublunar, que no miráis, por contemplar y romperos la cabeza con los problemas que lleváis en vuestros cerebros. A Manuela y á mí nos habías de pedir de rodillas á Amparo y te la negaríamos, yo con más calor, si la muchacha no te quería espontáneamente. Para nosotros, matrimonio sin hijos, esa niña es el compendio de nuestra dicha y la cifra de nuestras ilusiones. Y como la hemos sorprendido en sus incertidumbres y en sus ensueños de amor por tí, antes de que ella se haya dado cuenta de la naturaleza de sus sentimientos, y luego en plena batalla consigo misma, por ser ella lo que es para nosotros y por haber puesto sus ojos y su cariño en tí, nos hemos regocijado y hemos levantado, no un castillo en el aire, sino el alcázar de vuestra dicha. Ahí tienes la estratagema.

—Pues mira, Juan—repuso el madrileño gravemente—aun dando por bueno y exacto tu relato y examinándolo con criterio *sublunar*, esa unión, que soñais, es imposible. Mis esperanzas, mis ideas mi afán de toda la vida...

—¡Pataratas!—interrumpió vehementemente el mayor.—Ya sé, ya sé esa historia de las vocaciones irresistibles, de los ideales alados que se ciernen en... en el demonio. Tu afán y tu... todo, debe ser la paz, la dicha, el amor. Ello se te ofrece en una mujer hermosa, discreta y rica, que te quiere con la energía de un alma virgen; tómalo y en paz. Lo demás es música, música...

—Muy bien. Eres dueño de calificar mis esperanzas, puesto que no las comprendes, ni, por lo visto, á mí tampoco. Pero eso que llamas con tan vivo desprecio *música*, es lo que amo, lo que considero nervio de mis nervios, sangre de mi sangre; y eso, á lo que he de sacrificar mi vida si es preciso, no lo voy á poner á los pies de una mu-

chacha bonita de Villagrosa, que quizá me quiera como supones, pero que puede ser un acometimiento no excepcional de... otra cosa, en su vida tediosa de pueblo.

—Mira, Julián: enhorabuena que como buen sabio seas un mentecato en lo práctico de la realidad; perfectamente que si Amparo no te impresiona seas indiferente para los sentimientos de la chiquilla; pase, aunque sea con dolor mío, que tengas el bien al alcance de tu mano y por soberbia y necedad lo desprecies; pero te ruego que tus hipótesis y juicios sobre mi cuñada sean nobles y de caballeros...

—Basta—le interrumpió Julián, lívido el semblante y con la boca seca.—Yo estoy aquí demás...

—No es eso...

—Aguarda. Yo estoy aquí demás, porque he venido á perturbar, con inconsciencia, de que no tengo por qué sonrojarme, la vida de tu cuñada, á quien tan ciegamente quieres. Por esa niña hácia la que no siento amor, ni cosa que se lo parezca; por la tranquilidad de tu casa y por la subsistencia de nuestro cariño, yo me voy. Mañana en el tren de la madrugada salgo para Madrid... Y ni porfías, ni explicaciones le hicieron desistir de su propósito, que sostuvo tan aferradamente, que Juan, amostazado y mohino, le mandó á paseo y le dejó en plena libertad de emprender el viaje.

Salió Julián de la finca camino de la villa poseído de iracundia sana contra Villagrosa y sus habitantes, y en especial contra Amparo, que se le antojaba un mónstruo de presunción. Sin duda se había figurado que él, filósofo y pensador, orador y ateneista debía caer á sus plantas *ferido de punta de amores*, siendo ambos protagonistas de ridícula novela segun las imagina el romanticismo trasnochado y cursi de una fantasía femenil, educada en un villorrio. ¡Estaba fresca la niña! Que cargara con tal prodigio algun hidalgo del contorno; no era anzuelo lo suficientemente cebado para un enamorado de la Ciencia, que tenía que librar descomunal batalla con una falanje de envidiosos y triunfar á toda costa.

Con tales pensamientos llegó á Villagrosa, atravesó el ancho portalón del palacio y por el pasadizo se coló al jardín antes de subir á hacer la maleta. Los pulmones se le ensancharon al respirar el ambiente balsámico, y experimentó repentino bienestar. Avanzó hacia el paseo central, y á través de los ramos de las acacias, junto á su sitio favorito, vió á Amparo desasosegada y trémula, contraída la boca por forzada y anhelosa sonrisa. Julián la miró, como si la muchacha hubiera sido una boa ó un cocodrilo espantable, y estuvo para retroceder sobresal-

tado, cuando con voz, tenuemente velada por la emoción, le dijo Amparo, rompiendo un silencio embarazoso:—¿Cómo de vuelta?

IV

La joven advirtió que Julián la contemplaba con extraña curiosidad, que la miraba como nunca hasta entonces, cual si se le mostrara en un aspecto para él desconocido. Súbitamente enrojeció hasta la raíz del cabello y, en zozobra, que la afixiaba, á duras penas pudo balbucir nuevamente la salvadora pregunta—¿Cómo de vuelta?

—Psé, me aburría en el campo, sentía la nostalgia de pensar aquí... —Iba á decirla que también venía á despedirse de aquellos lugares, pero cediendo al demonio de la curiosidad y al péfido deseo de son- dar la supuesta herida del alma de la muchacha, exclamó de pronto:— Y tú ¿qué haces en estos sitios? Amparo volvió á enrojecer, extreme- cióse como rosa abierta al sertir el primer efluvio de la tempestad y su boca hechicera fingió humorístico tono al murmurar con más calor que quisiera—Yo... soñar.

—Hola, hola ¿y es el mal agudo?

—No hay mal, hombre de Dios. Aquí todo invita á soñar bienes— repuso dominando su emoción—A no ser que tú, que tanto paseas y recorres el jardín, fantasees males... —Julián supuso que Amparo se ha- bía puesto sobre aviso; y gozándose en darla un desencanto, si se figu- raba que el sitio y la ocasión eran los adecuados para una declara- ción de amor, le dijo con sutil ironía:—En este jardín, como en todos los del mundo, cada cual vé y encuentra las flores que su propia alma produce. Es decir, que el espectáculo está dentro del espectador. Yo en él he paladeado el amargor de mis desengaños y entonces la me- lancolía del sitio se ha amoldado á mis pesares. También aquí he for- jado mis esperanzas, basadas en el libro que estoy concluyendo; y cuando he abierto mi espíritu á la ilusión de un porvenir tan dulce como ágrío ha sido el pasado, el jardín me ha parecido un Eden. Desde las estátuas y fuentes hasta los árboles y yerbajos todo me ha sonreido. Ahora me voy á marchar, y en la tristeza de toda despedida y en el regocijo de la variación que promete cualquier viaje, el jardín me ofre- ce la misma complejidad de emoción: melancolía en su augusta tran- quilidad, alegría en su brisa y en su verdor.

—¿Pero te vas?—repuso Amparo, que sólo recogió la idea de la marcha.

—Mañana en el tren de la madrugada.

—¿Y así, de repente?

—Lo tenía resuelto hace tiempo; pero no he querido anunciarlo antes por evitar el que lo recordáramos.

—Es decir que te has aburrido hasta hacérsete esto insoportable, y te vas, ansiando perdernos de vista... ¡Qué ingrato!—Había tal convicción, era tan sincero el grito de la muchacha, que Julián se persuadió de la verdad del relato, que le había hecho su hermano. Aquella mujer le amaba. Y ¡qué hermosa estaba en su dolorosa sorpresa! Levemente encorvado el busto opulento sobre el talle gentil, entreabierta la boca, fresca y roja como guinda temprana; los ojos, de azul claro, mal velados por una lágrima, donde la luz se quebraba en un punto de plata en la ancha pupila, que miraba con afanosa dulzura, el pelo abundoso, de un rubio claro, que formaba áureo casquete, y vestida con falda oscura y blusa color heliotropo, resultaba una figura de luminosa belleza, más seductora y atractiva, porque su actitud era suplicante y de súplica conmovedora. Tarde ya debía volver Julián á verla en su imaginación en el fulgor de aquel atardecer sereno y radioso, considerando que se le había ofrecido en la fiebre de un cariño tímido y apasionado, como aquel que, en patética locura, lanzara á Ofelia del verde sauce al tranquilo remanso donde pereciera. La impresión de hechizo era tan poderosa, que el joven templó su ironía y repuso naturalmente:

—Ingrato, no. A Juan se lo decía refutando parecido argumento. A cada uno otorgo adecuada correspondencia en consideración y cariño; solo que el mío no es tiránico y egoísta como el de mi hermano, que pretende, por encima de todo, que renuncie á mi empresa... No, yo os quiero mucho, pero me voy á lo que de un modo imperioso me llama.

—Pues si tu hermano no te ha convencido, yo... mucho menos te convencería—susurró tristemente Amparo;—que si algún influjo tuviera sobre tí te rogaría que te quedaras.

—No puede ser, lo exige mi vocación, mi destino...

—Para que te den ese pago, con iniquidades y con traiciones.

¡Oh poder del amor propio! El frío mozo que, por estúpida aberración, se gozaba en aquellos instantes en mortificar á una niña adorable, sin que le conmovieran su belleza luminosa y su emoción seductora, sintió súbito enternecimiento al oír fulminados por tan lindos labios los juicios y dieterios que él á diario escupía; pero ciego en su obsesión de gloria, en llegar á la meta, con inconsciencia cruel pisoteó el corazón, que tan delicadamente se le ofrecía, y el egoísmo dictó á Julián estas palabras, que serían su perpétuo remordimiento:

—Es posible que mi sino sea recoger amarguras y cosechar desengaños de canallas y envidiosos; pero mi camino está trazado, voy á la lucha por la ciencia y tengo, tengo que seguir... Tú, en cambio, tienes tu destino en casarte, yo te lo aconsejo, con alguno de estos muchachos, que los habrá dignos de tí...—Y el pedante no reparó en la lividez de Amparo, que retorcía sus manos ante aquel garrote vil de sus ilusiones, mientras se erguía mirando con espantados ojos el paseo adelante, como si huyera por el algo que se le escapaba de muy adentro. Cruzó los brazos sobre el pecho, de hombro á hombro, como si se entregara al sacrificio, y con sonrisa, que á otro hubiera hecho llorar, dijo á Julián, mientras volvía el rostro, donde pugnaban los músculos por contener lágrimas y sollozos:—Si te vas de madrugada habrá que prepararte merienda...—y salió con paso rápido que acabó en carrera bien pronto, hasta que llegó á su cuarto. Tiróse sobre la cama, hundió la cara en la almohada y tras un sollozo bronco y hondísimo su pena se desfogó en llanto manso, como fuente riquísima que parece no ha de agotarse.

Julián quedóse sorprendido ante la brusca partida de Amparo, hasta que se dió cuenta cabal de sus palabras, que le parecieron algo impertinentes y poco piadosas. Bah—pensaba en seguida—yo me voy y pronto le pasará, y trató de evocar su ensueño de gloria, de aquella gloria tantas veces entrevista en el poético jardín; pero en vano. Sería porque lo oblícuo del sol, lamiendo ya la cresta de la sierra, privara al ameno sitio de aquella impresión de vida intensa y venturosa, que parecía el conjuro para experimentar la dichosa introspección de triunfo, que transfiguraba á Julián; acaso aquel languidecer de colores y oscurecer siluetas más bien trajera remembranzas é impresiones lóbregas, como los tonos sombríos que imperaban entre las copas de las magnolias y naranjos; tal vez por ese dejo saudoso y melancólico, á que el joven se refería en su conversación con Amparo, que parece aparejado á toda despedida, Julián no lograba plasmar su triunfo y sentirse herido por el rayo de la gloria. Ahora flores y plantas, auras y ecos, en aquella invasión de lobreguez y sopor, no cantaban al ateneísta el himno de la victoria, ni esculpían en su conciencia el grito magnífico de los grandes creadores. Todo parecía decirle con odio concentrado: ¡estúpido, necio!

V

El salón de Conferencias estaba rebosante y un zumbido continuo

de colmena ensordecía en la planta baja del Congreso. En el despacho del Presidente conferenciaban los primates de mayoría y minorías acerca de un grave conflicto parlamentario; de esos conflictos de que el país se burla, porque sabe que siempre terminan en obra de repositaría, pero que pueden ocasionar cambios de Gobierno y nuevo reparto de prebendas, y la gente política de oficio comentaba impaciente el probable resultado del conciliábulo.

Aislado y triste, consumido en una dilatada espera y temeroso de un fracaso, Julián Morales aguardaba en un ángulo del pasillo más apartado á un su amigo, Director General y abogado intonso, en gran predicamento con el Gobierno. El personaje se había encargado de la árdua tarea de convencer al Ministro de Instrucción pública que nombrara á Julián catedrático de Derecho Internacional de la universidad de Salamanca, para cuyo puesto había sido colocado en el primer lugar de la terna un botarate con influencias irresistibles para el tribunal calificador.

Julián quemaba el último cartucho en la entrevista del Ministro y el Director general, que tenía lugar en el banco azul, mientras un diputado, á quien nadie escuchaba, soltaba un imponente discurso sobre un capítulo del presupuesto. Al cabo apareció el Director, un mozallete de treinta y dos años y bigote ensortijado, embutido en flamante levita de irreprochable corte. Echóse á la nuca la brillante chistera al llegar junto á Julián, metióse ambas manos en los bolsillos del pantalón y con breve acento articuló en voz baja:—Pleito perdido... Firmó esta mañana y en seguida se correrán las órdenes—Aunque Julián esperaba tal desenlace, sintió que una ola de desaliento le invadía y con amargura intensa prorrumpió:—¡Cuanto canalla!

—Dice—añadió el fulano de la levita—que está convencido de tus méritos, que mereces, no una, sino diez cátedras y... que patatín y patatán; pero que ese Quilez ha cumplido y todo Madrid se le ha echado encima... En fin, que si quieres una cruz chica de Alfonso XII en compensación...

—Dile que se la cueigue en las narices. ¡Una cruz... chica! Grande la quisiera para crucificarle con los del Tribunal...

—Cree, chico, que yo no he podido hacer más. Le he soltado hasta la nuera de D. Basilio, que es capaz de sacarle los redaños al caballo de bronce...—Julián agradeció servicios y protestas y con el alma chorreando veneno salió del Congreso. Anduvo sin darse cuenta un buen espacio hasta que se encontró junto á la fuente de la Cibeles.

Caía la tarde, despues de un día magnífico de primavera, y la gente

abandonaba los paseos. Enorme concurrencia confluía de Recoletos y del Retiro, y en todos los semblantes se retrataba la misma expresión de bienestar y contento. Automóviles y coches con sus viajeros vestidos elegantemente, que miraban con mal disimulado empaque á los transeuntes de á pie, orgullosos y satisfechos de su paso en vehículo charolado ó trepidante; paseantes de todas edades, clases y condiciones revelaban á las miradas de Julián la placidez de espíritu del que tiene resuelto *su problema* y no piensa, sino en gozar de una tarde tibia, contemplando un conjunto de gentes ataviadas y dichosas. Hasta los viandantes, que se movían por obligación, como criados, recaderos, modistas, escribientes, vendedores... todos exhibían una cara tranquila y complacida en aquel anochecer dulce y sereno, mientras la vida de la gran urbe, de la voluptuosa Babilonia española, ambulaba y corría invitando al placer, al goce de la existencia, en el río de las sensaciones, que desfilan en teatros y toros, galas y trenes, amor y vino, arte y poder. Julián se consideró sólo entre aquella muchedumbre satisfecha, y comprendió todo el egoísmo que encierra el hombre, incapaz de sentir el bofetón que supone toda injusticia, si no le hiere directamente ó le entra por los ojos de la cara revolviéndole el estómago. ¡Y hay tantas injusticias por ahí que no agitan y soliviantan á nadie!

Sacóle de su abstracción un conocido.—Enhorabuena, querido. Ya sé que un ejercicio...—Julián le interrumpió refiriéndole la iniquidad del nombramiento de Quílez.

—¡Qué canario! Las cosas de este país, el favor y tal... Pero usted llegará... llegará, no desanimarse.

Más tarde otro le consolaba diciéndole:—El Ministro es así, le conozco. Por sus amigos hasta el infierno y luego ¡es tan fresco!... No vuelva Ud. á meterse en oposiciones... ¡En, este país...!

A la puerta del café le animaba un tercero:—Créame; en lo sucesivo haga Ud. los ejercicios en la tertulia de un personaje, y si éste le pone el visto bueno... bien, al Tribunal; si no, nada, quietecito.

Julián estaba ya aturdido. Estas gentes—pensaba—hablan de injusticia, favores, miserias y canalladas con la boca, sin sentir ira, ni desprecio en el corazón. Esto es lo corriente, ya lo veo. Mi inícuo fracaso no escandaliza, no hay quien me compadezca con amor y se sienta ofendido por la infamia de que soy víctima... Y de pronto se presentó á su memoria la imagen de su hermano, el honrado administrador de la casa ducal de Alzora, de quien se separó con el alma llena de confiado orgullo, seca á toda efusión por sobra de ridículo y enfer-

mizo amor propio, mientras el noble Juan le abrazaba con los ojos preñados de lágrimas y le decía con expresión de hondo cariño:— Aquí te hemos brindado con la dicha y la paz, y te queríamos atar con cadenas de amor... Corre, corre al fracaso: ojalá no llegue día en que suspires por lo que hoy desprecias.

Y el día era llegado. Aquel *dilettante* que en nada tenía fe y cuya alma estaba helada por el más corrosivo excepticismo, al crujir de sus fibras, maceradas por un nuevo y alevoso desengaño, empezó á sentir intensa exudación de ternura al recuerdo del palacio de Alzora en Villagrosa. El hermano amante, el hombre honrado y modesto que se llamaba Juan Morales, encarnaba el ideal de vida más puro para alcanzar la felicidad á que puede aspirarse en este mundo miserable, que mejor que valle de lágrimas debiera llamarse mar de cieno y sentina de iniquidades. El médico titular era quien había encauzado, como un sabio, su vida. En la familia por medio de una mujer amante y buena; en la sociedad con una profesión útil y honrosa; no en las ásperas batallas de un puesto de relumbrón ó en una de tantas atalayas del podrido poder político, y menos, como Julián en el servicio vacío de gentil hombre de Infante en pro de una pseudociencia, que no forma hombres y ciudadanos, sino dilettantes y pedantes. Ahora aquel aprecio de la fama madrileña le producía tedio, sus clamores le sonaban á retumbar de oquedad insoportable. Vió lo mentiroso de sus lisonjas, lo pérfido de sus halagos, lo enervante de sus caricias, lo envenenado y mortífero de sus odios. La verdad, la paz, la dicha, estaban en aquel rincón extremeño, que albergaba un alma tan sana como la de Juan Morales, una mujer tan buena como Manuela, una muchacha tan adorable como Amparo. Allí se le esperaba con los brazos abiertos, sin envidias ni reproches. ¡Ay! maldita la hora en que el demonio de la soberbia le hizo despreciar á aquella chiquilla de ojos claros y cabellos rubios, que en una tarde divina de primavera y en un jardín que encerraba las armonías serenas de lo poético é ideal, le ofrecía con timidez seductora un corazón sin mancilla. ¡A Villagrosa, á Villagrosa! Y en el retoñar de su alma, entumecida por una ciencia superficial y un necio orgullo, Julián Morales hacía su maleta, como si pudiera tomar en seguida el tren. Soñador siempre, se complacía en imaginar la alegría de su hermano y su cuñada y los rubores elocuentes de Amparo cuando le vieran en el viejo palacio ducal. ¡Qué necio había sido!

Pasó la noche en insomnio febril, más tarde se consumía de impaciencia, encajonado en el vagón, mirando sin ver el monótono paisaje, hasta que la aparición del primer encinar le evocó con energía poderosa la

escena de su entrevista con Amparo en el jardín del duque Miguel Pedro. ¡Quién pudiera borrar el tiempo, aniquilar la memoria de los sucesos pasados y tornar á aquel instante, de imponderable belleza, en que la linda niña le llamaba ingrato! Pero aún vivía para hacer un acto de contrición, una profesión de amor, en la que lo de menos serían las palabras, porque toda su alma se volcaría, como ola viajera para tender á los pies de aquella rubia gentil las espumas de sus sentimientos, que por dicha de ambos eran cálidas primicias ofrecidas á la mujer. Cuando descendió del tren en el apeadero de Villagrosa hubiera, como el bizarro monarca inglés, ofrecido un reino por un caballo; pero tuvo que conformarse con subir á un birlocho prehistórico, que arrastraba valetudinario macho romo, y al cabo de cuarenta minutos se apeaba á la puerta del vetusto palacio. Anochecía y el inmenso portalón estaba sombrío, tenebroso. Del pasadizo del jardín venía una corriente de aire húmedo y perfumado, y la ancha escalera de piedra de granito le pareció interminable y de áspera ascensión. Llamó á la puerta, sonaron pasos menudos y apareció el rostro gracioso de Manuela, quien lanzó un grito de sorpresa al reconocer á su cuñado. En seguida salió del comedor un chorro de más viva luz, y quinqué en mano se presentó Amparo, más bella aún envuelta en el cono luminoso. Detrás venía el bondadoso Juan y en último término un muchacho alto, bien parecido, de noble frente y mandíbulas de animal carnívoro, cuya fisonomía, que á primera vista parecía dura, dulcificaban unos ojos negros como aceitunas, que rebosaban pasión. Julián adivinó en él al novio de Amparo y en ambos ardorosa correspondencia. Ya eran prometidos. Cuando al quedarse solos los cuatro le dieron al viajero la noticia, estaba prevenido contra toda emoción, y tuvo el heroísmo de felicitar á la novia, que le contestó con cierto tonillo de impertinente dejó agradeciéndole la enhorabuena.—¿Y tú?...

—Yo... siempre fracasado, nunca me hacen justicia—contestó Julián ahogándose.

—Pues ¿y el libro?...

—Inadvertido, como el anterior.

—Pero en las oposiciones...

—Preterido y expoliado... Solo me falta antes de pegarme un tiro, que también aquí encuentre odio--dijo el pobre viajero con voz sorda, y al mirar á su hermano le vió con los ojos turbios, temblándole las mejillas y con los brazos abiertos. Estrecháronse con efusión y cuando Julián dominó su tierno abatimiento, se encontró con el semblante lloroso de su cuñada, que le contemplaba con indulgente cariño. La

linda rubia, á quien despreció y ahora tenía aposentada en el alma, estaba serena. En sus ojos de turquesa se leía compasión, hasta perdón; pero el alma de su dueña no asomaba en ellos y era prueba inequívoca de que tenían dueño.

VI

El jardín del duque Miguel Pedro no sufrió variación sensible en los diez y ocho meses, que duró la ausencia de Julián. Recorriólo éste, experimentando la punzada fina y sutilísima de ese remordimiento agudo cuando no podemos esculparnos ni en un ápice, aun abogando lo más bajo de nuestro egoísmo; pero en lugar de abatirse, ni prorumpir en execraciones inútiles, Julián Morales cogió una azada, cavó hondo junto al pilón de la fuente del Silfo, y arrancando del dedo anular de su mano izquierda un ancho cintillo de oro, después de darle vueltas contemplándolo, lo depositó en el hoyo y lo enterró concienzudamente. Lo había comprado en la plaza de España en Roma y hecho grabar en el, como divisa, el soberbio *non omnis moriar*. Sentó con el talón la tierra removida, sacó un cigarro y arrojó la primera bocanada de humo, murmurando con energía:

—Y ahora... vida nueva!

DIEGO MARÍA CREHUET.

29 Diciembre 1906.

"SAN BENITO,, DE ALCÁNTARA

Á MI ILUSTRE Y RESPETABLE AMIGO D. EUGENIO ESCOBAR PRIETO

*¿Quis in vobis est derelictus qui vidit domum
istam in gloria sua prima? Aggæus, II-4.*

Al norte de la villa,
cuya fama y poder pasó á la Historia,
donde, sólo su gloria
y el resplandor de sus grandezas brilla,
no de los hombres en la infiel memoria,
un templo majestuoso se levanta,
que erigieron los nobles Caballeros
para morada santa
del que dió á sus empresas honra tanta
y empuje tan brioso á sus aceros.

El arte y la riqueza
trataron con espléndida porfía
de imprimirle aquel sello de grandeza,
que la humana fiereza
rompió más tarde con su saña impía.
¿Fué decreto inclemente de los hados,
ó de la eterna Providencia justa
fallo terrible, que la casa augusta
y el sacro altar se víeran arruinados?

Las que fueron un tiempo poderosas
Órdenes militares,
las que dieron varones á millares,
que en hazañas famosas
con la espada la Cruz enaltecieron
y gloria á Cristo y á su Iglesia dieron,
por el cambio y trastorno de las cosas
al peso de los siglos sucumbieron.

Arranca de dolor hondos gémidos

y tintes melancólicos derrama
sobre el alma, el recuerdo de los idos
en alas de la fama,
si la vívida llama
arde aún, que alumbró su entendimiento,
en insigne y grandioso monumento,
que más allá perdura
de la triste y estrecha sepultura,
trofeo miserable, do la suerte
de toda criatura,
del grande y del pequeño, unió la muerte.

Pero aflige y subleva y entristece
y hace estallar al corazón de ira
el lastimoso cuadro, que se ofrece
á todo el que lo mira,
de hermoso monumento, que fenecer
de ruín posteridad al golpe airado,
herido sin dolor, desmantelado
por los que en el sopor de su vileza
no vieron destrozado
su timbre más glorioso de nobleza.

Causando en los extraños hondo duelo
y en todo pecho noble gran quebranto,
como el enfermo que al vivir se aferra,
aún de pie permanece el templo santo,
que parece pedir justicia al cielo,
ya que la iniquidad triunfó en la tierra.

¿Quién quedó de vosotros,
que su gloria pristina y sus primores
con ojos de placer mirar pudiera?
¿Y cómo lo encontraréis en estos otros
tiempos desoladores?
¿Acaso no lo véis cual si no fuera?
¡Perdóname, Dios justo, si te digo
que mis graves y múltiples pecados
han sido con exceso castigados!
¡No; no hay mayor castigo,
que mirar con los ojos apenados
los de tu gloria fúlgidos blasones,
cubiertos de baldones
y en ruína y despreciados
por estas, sin amor, generaciones!

Cuando á la luz del día, intensa y pura,
ví la iglesia prioral de San Benito,
súbito huyó de mi garganta un grito,
yo no sé, si de gozo ó de amargura;
pues no sé si quedó el alma extasiada
del placer de mirar tanta hermosura,

ó la pena de verla marchitada.
¡Nunca el placer con el dolor, fundidos,
se vieron en mi pecho tan unidos!
¡Sombras y luces, ignominia y gloria,
grandeza y pequeñez; gozo y quebranto,
triste infelicidad, dicha ilusoria,
un tormento feroz, un dulce encanto...
todo lo ví y sentí! Siniestramente
los vientos abatieron de mi mente,
con su choque violento, las ideas;
y en lo hondo de la entraña sentí luego
frío y ardiente fuego,
que alternaban en rápidas mareas.

La luz del mediodía
por las altas ojivas descendía;
y alumbrando aquel cuadro de primores,
llenábame de horrores
la augusta desnudez en que yacía.

Y la regia morada majestuosa,
más triste cada vez y más hermosa,
que llenaba mis ojos
de gustos, y de enojos,
en medio de la luz esplendorosa
se iba como animando,
tintes de vida á los contornos dando
de su materia inerte,
conforme el arte la iba despertando,
para mis ojos, de su aguda muerte.

Y vida recibieron
profetas y patriarcas,
que fueron antes, medallones mudos,
y á la vida surgieron
poderosos monarcas,
en aquellos bellísimos escudos.

Toda efigie de cuerpo alabastrino,
de granito ó de mármol, que la ingente
pared ornaba de la nave irmensa,
tomó al conjuro del cincel divino
un corazón, que siente
y un cerebro, que piensa.

Y los monstruos informes, que en la norma
del artista tomaron ser y forma,
ya al capitel, la caña ó la cornisa,
ya á la greca, ya al firme basamento,
ya á la aérea repisa,
les daban vida y alma y movimiento.

Vida los seres todos recibían
so las bóvedas firmes y ligeras,

que las finas columnas sostenían,
como esbeltas y altísimas palmeras.

De aquel, de vida universal concierto,
una gélida estatua se apartaba;
sobre un lucillo de alabastro estaba:
el caballero aquel... ¡ay! ¡era un muerto!

Y un muerto solamente fué el testigo
de aquel coloquio mudo,
dulce y amargo, palpitante y rudo,
que el templo se dignó tener conmigo.

Con ojos de terror petrificados
y el alma á un tiempo de ansiedades llena,
yo escuché los apóstrofes lanzados
con poderosa voz, triste y serena,
contra aquellos insólitos pecados,
que el templo destruyeron
y á la suma pobreza redujeron.

—¿Quién eres tú—me dijo—
que en lágrimas derramas por los ojos
la pena con que aflijo
á todo el que contempla mis despojos?
Huye, infeliz, no esperes
á escuchar mis recónditos enojos.

Huye, quienquiera fueres,
que aumentas mi quebranto
cuando te miro deshacerte en llanto.—

—Soy sacerdote—respondí—que tuyas
hace las penas y desgracias tuyas.—

—Pues no te espante—dijo—mi fiereza,
que aunque tus nervios crispe y alborote,
te hablaré con granítica rudeza,
cual debe hablar el templo al sacerdote.—

Discurrió un sudor frío por mi frente
y sentí los vahidos del mareo.
Hubo un silencio, que rompió estridente,
de una lechuza el lúgubre siseo,
y esperé sus palabras angustiadas,
como esperará su sentencia un reo
por delito gravísimo juzgado.

—¡Aun soy grande!—exclamó;—la fiera humana
con su zarpa asquerosa herirme pudo;
mas fué impotente en su locura insana
para manchar la forma soberana
del más pequeño escudo.

Pero su villanía,
desnudando mis regios aposentos
al ver, que aniquilarme no podía,
dejóme noche y día

á merced de los fieros elementos.
¿Y quién, si no lo viera, lo creería?
No le bastó robarme los sagrados
vasos preciosos, con primor tallados
en brillantes metales,
y los cuadros, hermosos é inspirados,
del divino Morales,
y romper mis artísticas vidrieras,
y deshacer, con manos criminales,
cuanto llenó de gloria mis esferas.
Del tiempo á los rigores
mis bóvedas expuso, que mayores
fuerzas desplegarían en mi ruina,
con vientos destructores
y con flechas de linfa cristalina.
¡No lo hiciera peor tribu salvaje
dedicada al saqueo y al pillaje!
Cegaron ó robaron los veneros
de donde, los bizarros Caballeros,
sacaban la riqueza
para dar limpidez á sus aceros,
para dar esplendor á mi realeza.
¡Oh, qué divino coro
formaban regalándome con oro
y llenando á la vez mi espacio inmenso
de nubes aromáticas de incienso
y armonías del órgano sonoro!
Fuí su esposa querida;
si ellos murieron, seguiré su suerte.
La viudez miserable me convida
á apetecer, más que deshonra en vida,
la tragedia espantosa de mi muerte.
Murieron mis esposos,
que ¡sólos! con justísimo derecho
llevaron orgullosos
la verde Cruz flordelisada al pecho.
Y al verme cual viuda desolada,
triste y desamparada,
vertiendo por los ojos la amargura,
como si pastó á su lascivia fuera,
quisieron abusar de mi hermosura,
y me trataron como á vil ramera.
No encontré por defensa un baluarte,
que hiciera permanente mi destino,
pues no sintieron el amor divino,
ni las flechas del arte,
que botan siempre en corazón mezquino.
Y así pasan las horas

y avanza mi agonía
esperando, que traigan destructoras,
de mi dolor, el postrimero día.
Ya le siento llegar. Impío ambiente
tiene helada mi frente,
y gime y se derrumba mi techumbre,
y se acaba mi vida lentamente
al peso de mi enorme pesadumbre.
Ni aun me queda el consuelo
de que lloren mi muerte mis queridos,
que el golpe de mis huesos en el suelo
sentirán solamente en sus oídos.
Y enterrarán en honda sepultura,
con mis restos, los restos de su historia...
¡de aquella historia tan hermosa y pura!
sin conocer, que estuvo en su locura,
que fuera su baldón y no su gloria.—

LORENZO LÓPEZ CRUZ.

Alcántara, Febrero de 1907.

EL ARTE EN CÁCERES DURANTE EL SILLO XVI

(DATOS PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA EXTREMEÑA)

II

MÁS RETABLOS.—PINTORES, ENTALLADORES, PLATEROS Y OTROS ARTÍFICES
DESCONOCIDOS.

(*Conclusión.*)

Plateros.



o estuvo excluida Extremadura del crecimiento que la industria artística de la orfebrería alcanzó en la época de que venimos ocupándonos, y de ello dan testimonio, entre otros datos, los ya conocidos: de la Estatuita de plata, del después último Maestre de la Orden de Caballería de Alcántara, ofrecida por su madre, la Duquesa de Arévalo y Plasencia, como ex-voto, al convento de Dominicos por ella fundado en esta última ciudad, bajo la advocación de San Vicente, que hoy poseen sus sucesores los señores marqueses de Miravel y figuró en la Exposición Histórico-Europea de 1893, bajo el número 224, Sala XX, y de la cual dió una reproducción fototípica el «Boletín de la Sociedad española de Excursiones»; el Salero que los Frailes de Guadalupe ofrecieron á los Reyes Católicos, con ocasión de la toma de Granada, formado por un León que destroza con sus garras una granada, también de plata y esmaltes, construido en los talleres del convento por Fr. Juan Pizarro, autor de

la hermosa reja, que separa la Capilla Mayor; y sobre todo, la concepción hecha en 30 de Septiembre de 1556, por D. Carlos I y su madre D.^a Juana á los plateros de la ciudad de Plasencia, á solicitud de Cristóbal Alvarez en su nombre, declarándoles á ellos y á sus mujeres exentos de las penas, que la pragmática de aquel año imponía á los sastres, zapateros y otros oficiales, que traían sedas en sus vestidos, aceptando las razones por ellos alegadas, de no ser su arte oficio, «y así los derechos los nombraban artífices y no oficiales, porque propia y verdaderamente se decía oficial el que hacia obra, por cuya composición no se requería ciencia ni arte alguna liberal, y artífice se dice aquél cuya obra no se puede hacer sin ciencia ó noticia de alguna de las artes liberales, como es la obra del artífice y platero, porque el artífice y platero, primero no sabe que entiende el arte de geometría para la proporción de la longitud y latitud de lo que labra, ó no sabe el arte y ciencia de la perspectiva para el dibujo y retrato de lo que quiere obrar, e si no sabe el arte y ciencia de aritmética para el mineral y entender los quilates y valor del oro y plata, perlas y piedras y monedas, no puede ser artífice ni platero, ni saber ni entender las dichas, ciencias y artes, las cuales sabidas viene á poner ó obrar lo que quiere hacer, e sin ellas no lo puede hacer ni proporcionar, y por tanto, con mucha razón los derechos hacen muy gran diferencia entre oficio y artificio».

A la misma centuria corresponden la gótica custodia de la Catedral placentina, (quizá sea del último tercio del siglo anterior) y el cáliz, que la opinión local considera erróneamente como labor del insigne *Benvenuto Cellini*, y guarda en su tesoro la hoy extinguida, parroquia de San Martín, de la misma ciudad, obra no obstante de gran mérito artístico; y á la misma época hay que atribuir también las alhajas del Convento de San Benito, en Alcántara, que el Cronista de la Orden Frey D. Alonso de Torres Tapia, describía en la primera mitad del siglo xvii de esta manera: «una Fuente y Aguamanil dorado y esfriado con muchos lazos y molduras; unas Palabras de la Confagración, en el reverso Señor S. Benito y S. Bernardo, que sustentan un Peral, que es las armas de la Orden; una Custodia para llevar el Santísimo Sacramento en la procesion del Corpus, labrada con grande arte al modo de una torre ochavada, y abiertos quatro arcos, por donde se descubre el viril, donde va la hostia, y se remata en lo alto con un Crucifixo. Para lo antiguos de las cosas bien labradas que pueda reconocer este arte, si bien no es como para este misterio hoy se practica. Diola á la Sacristia D. Diego de Acuña Caba-

llero de la Orden. Un Atril de plata, digo dos, el uno macizo, y el otro de planchas y por de dentro madera; dos Candeleros, que firven de Ciriales, grandes, bien labrados y de mucho pefo, otros mucho menores, platillos vinageras, Cruces, hostiarios, vafos, que no se puede decir todo por menudo.»

Si quisiéramos algunas pruebas más de la importancia, que la orfebrería alcanzó en nuestra región, nos las suministrarán abundantes los antiguos inventarios de nuestras iglesias, en la mayor parte de las cuales, y sírvanos de muestra la ya citada parroquial de Valverde del Fresno, había, para el servicio del culto, alhajas, entre otras de menos cuantía, como las siguientes, cuya descripción tomamos del mencionado inventario de 1591: «Una cruz con un crucifijo y de la otra parte á la derecha nuestra Señora de bulto y á la izquierda el señor San Juan y en lo alto el Dios padre y cuatro serafines en las esquinas de la peana, con quatro flores que les corresponden, á las espaldas el bulto de nra. sra. con su hijo puesto en... de plata con otros cuatro serafines, á la derecha san Juan bautista, en lo alto el Re.. y en la izquierda otros tres profetas, el todo al Romano con sus flores e remates. Dice el inventario antiguo que esta cruz ¿la labró? el Obispo D. Diego Enriquez en el mil quinientos cincuenta y quatro, y pesa armada sobre fierro once marcos y m.^o y una onza. Otra cruz toda de plata con quatro medallas é flamas del pie e otras quatro en lo alto, labrada al Romano, pesó según el inventario viejo seis marcos y una onza. Un caliz todo blanco, de muy buenas hechuras, el pie acinzelado con quatro serafines grandes y otros pequeños en medio del pie y lo mismo de su patena y una cruz en medio, pesó once marcos... con su caja de cuero. Otro cáliz mayor, este más usado, labrado al Romano con doce flores a el pie acinsaradas e otras doce zinteladas encima destas y en la manzana unas rosas de medio relieve é labrado de flores en el pie de la copa, es todo blanco con su patena muy llana que tiene una cruz en medio zintelada, que dicen es de la misa de alba y peso 3 marcos y una onza. Una custodia labrada al Romano dorada con su capitel é una cruz encima dorada con un Xpto é un rétulo de plata dorada encima, en que se lleva El Sant.^o Sacramento, que dice el dicho inventario pesa... marcos y adarme. Seis campanillas y un Viril donde se lleva el Santmo. Sacramento. Unas crismas. Un relicario á manera de vidriario donde está el Santísimo y otro donde se lleva á los enfermos. Un incensario bien labrado».

Por lo que á la entonees villa de Cáceres se refiere, los instrumentos públicos del archivo de protocolos, y las cuentas parroquiales de

Santa María, nos revelan la existencia de varios plateros, á dos de los cuales, á juzgar por las obras que de ellos felizmente se conservan, sería injusto no reconocer como verdaderos artistas.

Fué uno de ellos, y es el más antiguo, JAQUES ó JACUS, que de ambos modos se firmaba, DE LA RUA, de nacionalidad francesa ó flamenca, como su propio nombre indica, pero *vecino* de Cáceres, según confiesa en las diferentes escrituras en que intervino.

La primera que conocemos, es una otorgada aquí el 15 de Abril de 1548 ante Diego Cabrera, por la que se comprometió con el *Magnífico Sr. Hrndo. Albaroz de Toledo Carvajal*, vecino de Cáceres, «de
»facer doce platos y ocho escudillas y dos candeleros, todo ello de
»plata buena de martil (repujada) y las cuatro escudillas de falda (pe-
»gadas al plato) y las otros cuatro de orejas (ó con asas) y cada plato
»y cada escudilla de falda pesara un marco poco más ó menos y los
»candeleros dos marcos».

La segunda escritura, que es de 29 de Agosto de 1549, ante el mismo Notario, se refiere á otro encargo, de tanta ó más importancia artística. Por ella «*Jacus de la Rua*, platero, y v.º de Cáceres», «se
»obliga con la Iglesia de S. P.º del lugar de algaz, t.º y jurisdicción de
»esta villa de Cáceres y con Al.º Martin, su mayordomo á hazer una
»Cruz y un Caliz, todo de plata, de peso la Cruz despues de hecha de
»quince marcos y sea del hechura de otra Cruz de plata que yo al
»presente hago para la yglesia del lugar de Aldea del Cano, y el
»Caliz pese tres marcos, para lo cual había recibido del m.º diez y
»ocho marcos y una onza de plata, de esta manera: los ocho marcos
»una onza por la plata de la Cruz vieja de la dicha iglesia y los res-
»tantes en dinero, de cuya entrega da fe el escribano; el precio de la
»hechura de la Cruz á dos ducados el marco y mil mvs. por cada
»marco del Caliz, y los dará acabados para pasqua de navidad esta
»que viene en un año, siendo su fiador el B.º P. Ximenez, el viejo,
»clerigo y v.º de Cáceres».

De esta Cruz y Cáliz, así como de la que labraba para la parroquia de Aldea del Cano, no se conserva en dichas localidades memoria alguna, pero en cambio tuvimos la fortuna, al ir al Santuario de la Virgen del Salor, en busca del retablo, de que en este mismo artículo hemos hablado, de encontrarnos en la Iglesia de Torrequemada, otra cruz procesional, cuyo sello **JACUS** la autentifica como labor suya, y hermana gemela de las labradas para las dos iglesias, aledañas, de Torreorgáz y Aldea del Cano.

Es de brazos iguales trilobados en sus extremos, con otros dos ló-

bulos, que se corresponden, rodeados los brazos de menuda y fina crestería, cubiertos sus frentes de grutescos repujados con ornamentación vegetal, representando flores de lirios, y en el centro de su anverso un crucifijo de bulto entero, también de plata.

El nudo, que juzgamos más antiguo y quizá perteneciera á la cruz vieja, representa un castillo ó torre exagona de dos cuerpos, formados por muros con ámplios ventanales, del más puro estilo ogival, con cuatro pilares cada uno, flanqueados en las esquinas por esbeltas torrecillas ó cubos cilíndricos coronados por almenas.

En las cuentas de Santa María viene figurando este platero desde las de 1545 hasta las de 1555, siendo las partidas más importantes que á él se refieren, las siguientes:

1545 Y 46.—DESCARGO DEL MAYORDOMO HERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO.

«Que pagó á *Faques dla Rua* platr.º porque adereço la cruz de plata grande y dos caliçes y por cierta plata que para ello puso quarenta y dos reales».

»Que pagó á *Faques dla Rua* platr.º con que le acabó de pagar los Cetros de plata y hechura dellos treze mill y seiscientos y quarenta y dos mrs. y medio, los quales çetros tienen de peso quinze marcos y seis honzas y cinco ochavas en que se montan treinta y cuatro mil y novecientos y ochenta mrs. La hechura fue á razon de ochocientos mrs. cada marco.»

»It. que pago á *Faques dla Rua* platr.º cincuenta ducads. para en parte de pago de la plata para los dos candeleros de el altar, que se montan dieziocho mill y setecientos y quarenta mrs.»

1549.—MAYORDOMO D. GUTIERRE DE SOLÍS.

«Que dio á *Faques* platero quarenta reales y medio por adereçar la Cruz de plata grande y los candeleros de plata.»

1555.—MAYORDOMO HDO. A.º DE TOLEDO CARBAJAL.

«Mas, se adereço la Cruz grande delo que estaba quebrado y para fortificarla se puso de plata en el bolo quatro onzas y quatro reales y medio | pagóse á *Faques* treinta y siete reales de esta plata que puso.

»It. pagó á *Faques* quatro rreales de plata que puso mas para adereçar dos remates y un pedazo de cresteria y un tornillo delos pilares de la Cruz.

»It. mas puso *Faques* catorce rreales de plata al caño de la Cruz

que estaba quebrado por dos ptes | pusose un suelo de nuevo que fue menester pa fortificallo.

»Que pagó un rreal por la plata que puso *Faques* al pie de la naveta que estaba quitada.

»Mas, pagó al dho *Faques* por los dichos adereços de todo lo sobre dho tres mill y trescientos y noventa y seis mrs.»

De otro platero contemporáneo de *Faques*, nos da noticia la cuenta citada en primer lugar en una partida que dice así:

«Que pagó á *Diego Amigo* platr.º de hechura de la Lampara grande de plata diez y siete ducados la cual hechura pagó la Iglesia y se le pagó esto al dho *Diego Amigo* de mas de los quarenta y cinco mil mrs. q. Al.º Sanchez? pagó por la dicha lámpara.»

En las cuentas de 1574, que da el M.º Melchor Ulloa de la Cerda, se cita por primera vez al platero *Juan de Pedraza*, en esta forma:

«Pesa el incensario de plata despues que *Juan de Pedraza* se le adereço y puso treinta reales de plata que le aỹdio | oy á treinta del mes de Octubre de 1565 años y pesa seys marcos y medio y onça y media las cadenas | hizolo de nuevo *Juan de Pedraza* y unas vinageras.»

Al margen «Adereço de la Cruz grande é de plata de Nuestra Señora». «It. peso la Cruz grande de nuestra Señora antes que se adereçase el arbol... catorce marcos y medio y onça y media—pesó en otra partida el pie de la Cruz veinte y quatro marcos y tres onças—pesso el arbol de la Cruz despues de limpio quinze marcos y media onça | peso el pie despues de limpio los mesmos veinte é quatro marcos y tres onças de suerte que pesa la Cruz oy | treinta dias del mes de Octubre de mill é quinientos y setenta y cinco años | treinta y nueve marcos y tres onças y ansi lo doy yo *Juan de Pedraza* firmado de mi nombre por haberlo yo pesado y recibido de adereçar la dcha Cruz y otra pequeña y una vinagera reçibi çiento y ochenta y dos reales se tasó y concertó la dcha. obra y tambien reçibi treinta y dos reales en los quales se tasó y concertó la dcha obra y tambien reçibi para hazer las costeras nuevas de esta dcha Cruz y porque es verdad *Juan de Pedraza*. It. mas se me descargan çiento y ochenta y dos reales que se dio de hechura por la Cruz grande y adereço de la Cruz chica y adereço como *Juan de Pedraza* lo tiene firmado.»

1576-77.—MAYORDOMO MELCHOR DE ULLOA.

«It. se me descarga seiscientos y noventa y ocho reales y medio que di á *Juan de Pedraza* platero de la hechura de tres cálices y en

los aderezos de los dos candeleros de plata chicos; pagóse por el marco á tres ducados de hechura y del oro que llevaron para dorarlos se montan 41 reales en que suman los dichos 698 reales y medio».

1593.—MAYORDOMO D. JUAN DE TOLEDO MOCTEZUMA.

«Mas reales á *Pedraza* platero por limpiar los candeleros».

Entre los testigos que por parte de los patronos de la Iglesia de Santiago de Cáceres declararon, aquí, en el pleito ya citado con los herederos de *Alonso de Berruguete*, sobre el retablo del altar mayor, el 13 de Julio de 1582, figura además de *Juan de Pedraza*, platero y de 48 años de edad, otro platero cacereño llamado *Alonso Lucas*, de 55 años, el cual explicando la razón de ciencia, dice: «y lo sabe como persona que lo entiende muy bien por ser platero y entender las cosas de dibuxos é traça de ellas». ¿Presentiría quizá, que siglos después alguien movería sus huesos poniendo en duda su pericia, que así trató de justificarla? Misterios son estos ultrahumanos.

Faques de la Rúa y *Juan de Pedraza*, aun cuando cronológicamente se sucedieron sin solución de continuidad, representan sin embargo en Cáceres, el primero el ocaso de la escuela genuinamente española de aquellos plateros, á quienes injustamente calificara de bárbaros *Juan de Arfe Villafañe*, burlándose cruelmente con el celo de neófito del clasicismo, cuyo apostolado ejercía, de los *muñilos*, *resaltillos*, *estípites*, *doseletes*, *flamas*, *cresternas* y demás menudos adornos del gótico-*flamboyant*, con que decoraban, con perjuicio de las líneas arquitectónicas, sus obras, y el segundo el orto del estilo *romano*, que tanta boga y lucimiento obtuvo en el último tercio del siglo XVI y primero del XVII; pero ambos coinciden en la perfecta ejecución, dentro del estilo por cada uno aceptado, que los coloca con justicia en la categoría de verdaderos creadores de belleza plástica, sin que pueda regateársele por nadie el título de artistas.

Las obras que conocemos de *Juan de Pedraza*, son la Cruz procesional de Santa María, á que aluden las cuentas atrás copiadas, y un cáliz de plata sobredorada, perteneciente á la iglesia parroquial de San Mateo, que es una joya de extraordinario y subido mérito.

La primera es de plata, dorada y con placas ó cabuchones de esmalte azul y arabescos blancos; de brazos desiguales con remates torneados y el nudo representa un templete de arquitectura greco-romana, estilo de Herrera, de cuatro lados, coronados por una cúpula, adornados cada lado por dos columnas de orden compuesto, que sostienen un coronamiento ó frontispicio triangular.

El Cáliz, que según la inscripción grabada en la parte inferior de su base, fué donado en el año de 1584, por *Alvaro de Paredes hijo del Licenciado Espadero*, tiene de alto 28 cent. y medio y de diámetro, en su base, 17 cent. y 20 mil. Es de plata repujada en alto relieve y sobredorada; en la base de su copa resaltan cuatro serafines, que se corresponden en el plato, con otros tres, ocupando el lugar correspondiente al cuarto un escudo de armas de dos cuarteles, el de la derecha con dos espadas cruzadas, de los Espaderos, y el de la izquierda siete estrellas, que es el blasón de los Paredes, cubriendo toda la superficie del pie artísticos grutescos enlazados con pequeñas cabezas de ángeles. De la misma época ó quizá algo anterior y obra asimismo de *Pedraza* debe de ser otro cáliz, también de plata dorada, cubierto de grutescos de estilo renacimiento con reminiscencias mudejares, grabados á cincel, que también pertenece al tesoro de la misma Iglesia de San Mateo.

Pero la joya más artística é interesante de este tesoro, es la antigua Cruz procesional, que el celoso párroco y nuestro amigo D. Francisco Polo, conserva con todo esmero, exponiéndola solo en el altar mayor en las grandes solemnidades, para evitar su deterioro y ruina.

Es de chapas de plata, armada sobre alma de madera, y tiene de alto, desde el bolo, 37 cms. y de ancho 15 cms. y medio, de forma latina con tres de sus brazos trilobados y muy parecida en sus líneas á la ya citada de Torrequemada. En el anverso, y en alto relieve, dentro de un cuadro apaisado que ocupa el centro, destácase sobre nubes el Padre Eterno, de medio cuerpo, con el globo terráqueo en la mano izquierda y la derecha en actitud de bendecir; sobre él y en el brazo derecho, la imagen de cuerpo entero del Evangelista San Juan en actitud de escribir, con el águila á sus pies; en el brazo inferior el Evangelista San Mateo, también de cuerpo entero y de pie, en la misma actitud con el ángel á su lado, que le sostiene el tintero; en el brazo derecho de la cruz, la Virgen Madre, al pie del Calvario, y en el izquierdo el Discípulo amado, ambas figuras de cuerpo entero, ocupando los extremos de cada uno de los brazos laterales, sendos medallones también en alto relieve, con los bustos de San Pedro el de la derecha y la Dolorosa el de la izquierda. En el reverso, ocupa el centro una vista de Jerusalén, con un puente; en el brazo superior el simbólico Pelicano, abriéndose el pecho, y en el inferior la figura entera de la Magdalena con el unguentario ó pomo de la esencia de nardo y un paño en sus manos; en el brazo derecho San Marcos, con el toro, y en el izquierdo San Lucas, con el alegórico león, ambos también de

cuerpo entero, y en los medallones de los extremos, en el de la derecha una Santa mártir con una espada, y en el de la izquierda Santa Catalina, mártir, con la rueda de cuchillos. En ambas caras ocupa la parte inferior la cabeza degollada del Bautista, cubriendo el espacio libre del brazo derecho flores de cardo, y en los laterales uniendo los medallones de los extremos con los marcos cuadribolados de las figuras, bichas ó cariatides con cabezas de mujer, que se prolongan en clásicos adornos. El bolo es de figura esferoidal con adornos de época y pequeñas cabezas de ángeles en alto relieve.

La expresión, actitud, proporciones y ropaje de las figuras, y la fineza de la ejecución, son perfectas y justifican en su autor el título de *escultor* en plata y oro, que con orgullo ostentara *Juan de Arfe* y otros plateros de aquella centuria, la más gloriosa de la vida colectiva peninsular.

Canteros.

Para terminar, por ahora, pues no renunciamos á ampliar oportunamente nuestro trabajo, estos ligeros apuntes, enumeraremos aquí algunos de los maestros de cantería, que en la época de que nos ocupamos, trabajaron en los monumentales edificios que aún se conservan y decoran esta vieja ciudad.

Fueron entre otros los siguientes:

GERÓNIMO GUTIÉRREZ, maestro cantero y vecino de Cáceres, construyó en 1550 las Casas principales de *Francisco de Godoy*, lugar teniente que fué en el Perú del Marqués *Francisco Pizarro*, á la colación de Santiago, que hoy son propiedad del «Círculo de la Concordia» y cuyo balcón de esquina y patio central del más puro Renacimiento, son dignos de especial mención.

PEDRO DE LA TORRE y N. SANTAOLALLA, construyeron en 1551 el zócalo y asentaron el retablo y presbiterio de la parroquia de Santa María.

PEDRO GÓMEZ, asienta en 1552 la pila de bautizar de Santa María, de marmol de Extremoz, labrada en dicho punto. En 4 de Diciembre de 1557, se comprometió á hacer el Coro de la Iglesia de Santiago de esta ciudad, cuya demás obra nueva había antes ejecutado. PEDRO DE MARQUINA, en 1555, hizo de nuevo el Coro de la Iglesia de Santa María, y en 1556 la Torre del mismo templo.

DANIEL BERJANO.

Cáceres, Febrero 1907.

AL PIE DE LA REJA

EN LA CALLE DE SOLANA

DIÁLOGO REPRESENTABLE

El teatro representa una calle con un farol en el fondo. En la fachada de la derecha, una reja con muchas flores. En la casa inmediata y sobre la puerta un letrero que dirá: BEBIDAS. Es de noche.

Al levantarse el telón no habrá nadie en la escena. Se oyen las once.

PERSONAJES

Nicolás, 22 años; vestirá de artesano en día de fiesta, muy majo.

Pepa, 18 años; vestirá traje claro con lunares.

ESCENA ÚNICA

NILOLÁS (Entrando por la izquierda bastante bebido.)
¡Qué cosa será el querer!
Esas campanas me saben
á gloria pura; ellas son
las que hace un año me abren
la capillita de flores (señalando la reja)
donde se sienta mi angel.
¡Bebidas! vaya un letrero:
son unas letras que atraen...
Si tardara... y no me viera...
Se acerca á la reja) No hace ruido... Mientras sale
del vino, que huelva menos,
voy á tomar un enjuague.
(Escuchando) ¿Eh?... ¿Llega?... No... una cañita:
cuatro brincos y aquí á escape. (Entra en la casa)
PEPA (Asomada á la reja triste y enfurruñada)
¡Aún no ha venido!... Mejor,

y mejor aún si faltase.
 ¡Lo que quiera! De hoy no pasa
 sin que dé gusto á mi madre.
 Tiene razón. No merece
 tan siquiera que le hable.
 No debe ser su cariño
 como este que á mí me sale
 del corazón, si lo fuera,
 los juramentos que hace
 de no beber, no serían
 como han sido siempre ¡en balde!
 Acabemos. ¡Que no venza!
 En vez de tener pesares
 como hoy, por darle oídos,
 los tendré por no escucharle...
 ¡Quién pudiera estrujar éste (señala el corazón)
 para no querer á nadie!

(Tararea una copla y corta flores que se vá prendiendo en el pelo.)

N (Sale de la taberna y se queda pasmado al ver á Pepa.)

¡Me perdí!

P..... ¡Bonita enmienda!

N..... (¡Allá voy!)

P..... ¡Qué facha trae!

N..... (A la reja, meloso) ¡Buenas noches!

P..... Malas noches.

¡Adios! (se vá)

N..... ¡Que vengo con sangre!

Me han herido, no te vayas.

P..... (Asomándose de nuevo, cariñosa)

¿Quién ha sido ese cobarde?

¿Dónde? ¿Cómo?...

N. No te apures,

tus ojos fueron.

P. Pues lárgate (Con ademán de irse)

N... Oye, mujer: dos palabras...

las últimas, no te marches,

dos tan sólo... una limosna...

P.... ¿Vienes á alumbrar la calle?

N.. Vengo á la gloria...

P..... (Sentándose de espaldas á la calle) Pues hijo

hoy la gloria no se abre

andan dentro de *mudanza*

y además, perdí la llave.

N..... Vaya un pero; eso no importa,

traigo ganzúa...

P..... Lo que traes

son las copas de costumbre,

lo que ya no he de aguantarte.

- N.... ¡Qué aprensiones! Farolillo de Venecia, no te enfades, es que tardabas... y entré (Señala la taberna!)
- P. ¿Y á mí qué? puedes marcharte.
- N.... (¡Está la noche de truenos!)
Nena, mírame el semblante que no soy ningún fenómeno de feria, ni escaparate...
¿Sin duda te has vuelto fea?
Si es así, me meto á fraile, porque el milagro sería en el mismo Dios chocante.
¿Es eso? .. ¡Valiente simple!
No te apures. ¿Pues no sabes que aunque fueras una mona te llevaría á los altares?
- P. ¿Con cadena ó de la mano como llevas la que traes?
- N. ¡Qué gracia!... con muchas flores.
- P. ¡Pa tu abuela!
- N.... Dios te pague!
Pues para hablar con tu moño no debí ponerme el traje del día del Corpus, y menos mucho menos, perfumarme...
- P. ¿Con aguardiente ó con vino?
- N. (Entusiasmado.) Con agua que huele á azahares porque es de la fuentecita donde te ví aquella tarde, con tu trajecito claro salpicado de lunares... con ese, que copia el cielo porque lleva dentro un angel...
¿Te acuerdas? ¡Ca! ¡No te acuerdas!
- P. ¡Ni falta!
- N.... Tú echa hacia adelante la cara y deja de oler no vayas á marearte.
- P. Anda y que te mire el Tato. Es inútil. No te canses.
- N... Pero ramita de almendro; cualquiera que te escuchase lo menos se pensaría que era un gitanucho errante sin ropa con que cubrirme, ni casa donde guardarte.
- P. ¡Que sí!
- N.... (Transición.) ¿Pero no me miras?

¿Pero no vas á mirarme?
 ¿Es que buscas trueno gordo?
 ¿Es que quieres que me mate?
 ¿Es que no te dá penita
 de ver que vengo á buscarte
 como si fueras, lucero,
 cariñitos de mi madre?
 ¿Es que gozas si suplico?
 ¿Es que quieres humillarme?
 ¿Ni por esas!... Bueno: adios.

(Transición.) Ya sé que tantos afanes
 por darte gusto no sirven.
 ¡Ya sé otra cosa más grave!
 Sé que ayer no me engañaron...
 No me apuro, no; no vales
 lo que un ochavo roñoso...
 ¡No te quiero ni de balde!...
 Lástima que mi cariño,
 que en el pecho no me cabe
 desde que te ví, tus obras
 lo tiren por esas calles...

P. ¡De verano!

N. ¿De verano?

¿No me ves llorando á mares?
 ¡Qué malas entrañas tienes!
 Para tí debió inventarse
 el cantar que canta el ciego:
 »Oye el pregón de ayer tarde,
 quien da á esa grandes cariños
 tiene desengaños grandes».

P. ¡Pobrecito, que se muere!

¡¡Socorro!!...

N. ¿Vas á burlarte?

P. (Si pudiera.)

N. ¿Dí?: responde...

¿Es que buscas que me marche?
 Pues abre la boca y dilo;
 esa boquita que sabe...
 ó que sabrá, usted dispense,
 á lo que el azúcar cande.

P. ¡Qué lastima de chubasco!

N. Vuélvete, Virgen del Carmen,
 Mira qué clavel más rojo
 te, traigo de mi arriate,
 para plantarlo en tu pelo;
 el pobre quiere besarte...
 Bueno, mujer, no me mires...
 Adios... Ya voy á marcharme.

P. Escribe en llegando.
 N. Bien,
 en llegando pondré un parte...
 ¡Qué tonta te estás poniendo!;
 más que tonta ¡qué pedante!
 (Con energía.) La verdad, cuando te escucho
 dan ganas de emborracharse
 de veras...
 P. ¡Pero granuja!
 N. Lo estás viendo ¡ya mirastes!
 Otra vez no te atormentes,
 no me riñas, no te enfades,
 no me llores porque beba,
 ten disculpa, ten aguante.
 P. (Es inútil, no le puedo:
 el alma se me vá, ¡madre!)
 N. ¿Por qué te afliges, Pepita?...
 P. Te pido que has de jurarme...
 pero ¿para qué? es lo mismo...
 tus juramentos son aire.
 N. Esta vez no; ¡te lo juro!
 P. ¿De veras?... Dios te lo pague.
 N. Y ahora, estrella de colores,
 calorcito de mi sangre,
 pega á los hierros tu oído,
 deja á mi querer que hable
 y escucha, verás qué cuento
 voy esta noche á contarte.

.....

LUIS GRANDE BAUDESSÓN.

DIPLOMATICA REGIONAL

REAL CÉDULA

D. Felipe por la Gracia de Dios Rey de Castilla de Leon de Aragon & Por quanto haviendose visto, y con diligencia examinado los grandes daños é impedimentos de la Justicia que cada dia ban multiplicando en las Provincias, etierra de la orden de Alcantara así por ser las Governaciones de tanta tierra Puébllos, e cantidad y la distancia que ay de algunos de ellos adonde los Governadores mas de ordinario residen, acua causa no pueden ser visitados las veces que se requieran como por tener los Alcaldes hordinarios de los dichos Pueblos que ecada año se elijen jurisdición cível y criminal, sín ninguna lýmítacion, las quales ansí por ser vecínos enaturales de los mismos Pueblos como por tocar los pléitos enegocios que ante ellos penden asus Parientes, Amigos, o enemigos, siempre, ó por la maíor parte estan aficiónados e mal enclinados con algunos de los lítigantes edemas de ello, como son Hombres sín Letras no entienden como ande hacer Justicia, y en algunos delitos á acaescído dýversas vezes en los Pueblos donde ay dos parcialidades, siendo los Alcaldes cada uno de la suía probee cosas contrarias cada qual lo que toca a los de su parcialidad, de que se han seguído grandes desasosíegos, daños é incombenientes que por la maíor parte suelen cargar sobre los pobres míserables que no tienen conque se defender ní recurrír á los Superiores para que los adesagrabíen, e caso que lo tengan lo consumen todo en el seguímiento de ello, y quedan necesitados por lo qual combíene al serbício de Díos y nuestro y buena gobernación y pasíficación de los suso dýchos Pueblos e poner remedío en lo susodicho y haviendo mandado tratar eplaticar sobre ello á los del nuestro Consexo. Visto por ellos y con Nos consultado acatando que en la gobernación del Partido de Alcantara hay muchos e grandes Pueblos; Por la presente por algun remedio de los dýchos daños, einconbenientes es nuestra

Voluntad y mandamos que de aqui adelante se dividán en quatro partes la dicha Governación para que se rija por quatro Jueces que por Nos fueron nombrados Uno los quales á de residir de hordinario en la dicha villa de Alcantara, y ha de estar sugeto á el la misma Villa con sus Aldeas, e Lugares de piedra albas, Éstorninos, el Azauche, Membrio, y Salorino, Carbajo y Herrera y Aldea del Rey, e la Mata con todos sus términos y la villa del Portezuelo, e Dehesa de Toruñuelo de la Encomienda mayor, y las Villas de Zeclabin y Zarza, y Dehesa de Cantillana con todos sus términos, de las Deesas, Villas y Deesas: Y el otro á de residir en la Villa de las Brozas y al de estar sujetos á el la dicha Villa de las Brozas y las villas y Dehesas de Azagala, y Araya con todos sus términos ejerisdiziones, y á de conocer de todas las causas Cibiles, y Criminales en las dichas Villas y Dehesas y sus términos e Jurisdicciones, y á de conocer de todas cómo los otros Jueces en los Pueblos que se le señala, y aplica, y en sus términos, y jurisdiccion, y el otro á de residir en la Villa de Valencia y an de estar sujetos á el la misma villa de Valencia con sus Aldeas, e Lugares de San Vicente e Santiago con todos sus términos, e la Villa de Herrera y las Villas y Dehesas de Mayorga y Piedrabuena con todos sus términos: Y el otro á de residir en la villa de Gata, y ande estar sujetos á el la misma Villa de Gata, y las Villas de la Torre, Santibanez, Cadahalso, y Hernan Perez, y el Campo ela Moraleja, Cilleros, las Eijas, y Valverde, con todos sus terminos, Lugares, e Vecindad de las dichas Villas, y en ningun Pueblo de los que como dicho es á de residir la dicha Justicia mayor es nuestra voluntad aia Alcaldes hordinarios, si no que los dichos Jueces cada uno en su Partido y lugar Tenientes conozcan de todos los pleitos, causas y negocios cibiles y criminales de los vecinos y moradores Haviantes en ellos. Yasimismo conozcan en grado de apelacion cada uno en su distrito é jurisdiccion de lo que sentenciarén los Alcaldes hordinarios de los otros Pueblos del dicho Partido donde les ade haver, los quales por agora mandamos queden, y los ayan como hasta aqui, y que todos los pleitos e causas criminales que á la dicha Justicia maior paresciére combenir á la dicha administracion de la Justicia les puedan adbocar é conocer quier se proceda de officio ora por querrela de parte: Otro sí, que todos los vecinos y moradores de los Pueblos de cada vno de los dichos Partidos tengan libertad de llevar en primera instancia ante la Justicia maior qualesquier pleitos ó causas enegocios que quisieren ansí Criminales como Civiles, y egecutivos, sin embargo de qualquier Cartas egecutorias nuestras Provisiones e

Cartas acordadas que los dichos Pueblos e Vecinos De ellos tengan encontrarlo así en primera instancia, o en otra qualquier manera libradas en el nuestro Consejo real, y en las nuestras Audiencias y Chancillerias reales y en nuestro Consejo de las ordenes las quales rebocamos, casamos y anulamos, y damos por ningunas e sin ningun valor y efecto, emandamos que de aqui adelante las dichas Provisiones, é Cartas acordadas no se despachen, ni libren en manera alguna, Y en quanto á las Causas, Sobre penas de Ordenanzas y de diez mil mrs. abajo á de quedar y queda el conocimiento, y determinación y ejecución de ellas en primera instancia á los Alcaldes hordinarios de las Villas de los dichos Partidos, e las apelaciones de ellas á los Aiuntamientos conforme á las Leyes de nuestros Reynos y segun, y como hasta aqui se ha efecho y acostumbrado porque á los litigantes no sea mas la costa que el principal; Y mandamos á las Justicias de los dichos Partidos, y á los Cencejos, Alcaldes; y Regidores, y oficiales de las Villas y Lugares de ellos guarden y cumplan é hagan guardar cumplir esta nuestra Carta y lo en ella conthenido econtra ella no baían ni pasen ni consientan ir, ni pasar por manera alguna e los vnos, ni los otros no fagan en Deal so pena de la nuestra merced y de cinquenta mil mrs. para la nuestra Camara; De lo qual mandamos dar y dímos seis Provisiones de un thenor las quatro para cada vno de los dichos Pueblos donde ande residir las dichas Justicias maiores, é vna para que este entre las otras escripturas del nuestro Consexo De las ordenes, y la sextra para que se ponga en el Archivo del Combento de Alcantarara.—Dada en el Borque de Segovia aveinte evn días del mes de Mayo de mil é quinientos esesenta y seis años. Yo el Rey. Yo Pedro se Hoyo Secretario de su Catholica Magestad la fice escribir por su mandado: el Licenciado Diego de Espínosa: el Liz.^{do} Menchaca:—D.^{or} Juarez de Toledo: el D.^{or} Gaspar de Quiroga: registrada Martín de Vergara: Martín de Vergara por chanciller.—Es copia.

CRÓNICA REGIONAL

Febrero loco, llaman en esta región al mes que va á terminar, y como todas las sentencias paremiológicas, encierra ésta una gran verdad, que en este año ha recibido nueva confirmación, como también su compañera la que dice: *Febrero, rato malo y rato bueno*.

Comenzó el mes con una nevada en las dos provincias extremeñas, como hace más de medio siglo, al decir de los viejos, no se había conocido, haciéndonos presagiar que los crudos fríos de los días anteriores iban á cesar, y que la tierra, que es el tesoro de todos los extremeños, saciaría su sed, y crecerían las senaras y reverdecerían los pastos, y con ello, y á su compás, brotaría la alegría en los hogares campesinos ante la perspectiva de una buena cosecha, que premiara las faenas otoñales, porque no en balde es axiomático que *si no llueve en Febrero, ni buen prado, ni buen centeno*; pero vino el cambiazo y nuestro gozo en un pozo; se alejaron las nubes y la sequía ha vuelto á enseñorearse del agro extremeño, sembrando en los confiados labradores siniestros presentimientos.

Confiemos no obstante en que la Providencia nos enviará abundantes las suspiradas lluvias, cuyas gotas serían en esta ocasión monedas constantes y cobrantes al recoger la cosecha.

* *

Pasaron los Carnavales, sin dejar nota saliente, que otros años no dieran, pero como más vale tarde que nunca, vino el Domingo de Piñata, y en Cáceres tuvimos algo, que aquí aún no había llegado, un poco de Carnestolendas europeizadas presentándose en el paseo dos carrozas, ambas de artística confección, que representaban la una, *una azotea andaluza*, y la otra una colosal y chinesca *taza de té*; hubo, como es consiguiente, derroche de *confettis* y serpentinas; y hubo lo que no esperábamos, bajas en la contienda, que alcanzaron no sólo al *humorista* iniciador de la culta y destacada diversión, sino también á quien por ello se vé ahora en el duro trance de suplir al amenísimo cronista en su mensual tarea, sin tener ni un gramo del aticismo que á él le rebosa por arrobos. Nuestros lectores sabrán disculparnos, en gracia siquiera de la buena voluntad, con que sobrellevamos este trabajo.

* *

Entre los acontecimientos de este mes, sobresale por su trascendencia para el progreso y engrandecimiento de nuestra región, el

ensayo con feliz éxito de una línea de automóviles para viajeros y mercancías entre Cáceres y Trujillo, que ha de anudar más, si cabe, los lazos entre los dos pueblos hermanos.

Hora era ya de que Trujillo saliera del aislamiento en que, por azares de las cosas, la habían dejado las vías ferreas.

*
* *

También hemos de registrar en nuestra crónica la aparición de los nuevos periódicos *La Educación y Heraldo de Cáceres*, que han comenzado á publicarse en esta Ciudad, la revista *Plumas nuevas*, de Mérida y la titulada *Extremadura*, que publica en Madrid el Sr. Rincón, Secretario del Centro extremeño.

A todos deseamos larga y próspera vida.

*
* *

Con el cambio político, hubo como es consiguiente, cambio de personas en los Gobiernos civiles de las dos provincias; viniendo á regir la de Cáceres, el Sr. D. Felipe Crespo de Lara, Jefe del distinguido Cuerpo de Artillería, y yendo á gobernar la de Badajoz nuestro amigo y antiguo suscriptor D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, Diputado que fué por Alcántara, y persona de fino trato, extensa cultura y excelentes dotes personales.

De lo demás que el cambio trajo consigo, nada hemos de decir, por ser ajeno ese terreno al en que vive la REVISTA y por ser cosa por demás sabida para el país pagano, que pudiera muy bien decir á blancos y negros, amarillos y colorados, con D. Alberto Lista:

Gemid humanos

Todos en mí pusísteis vuestras manos.

*
* *

Nuestro compañero D. Mario Roso de Luna, después de opositar con brillantez á una Cátedra de Filosofía, de la «Escuela de Estudios Superiores» del Ateneo de Madrid, ha sido invitado por la Junta de gobierno de la docta Sociedad, para que dé una serie de Conferencias, que seguramente aumentarán la brillante reputación, que en los Círculos intelectuales de la villa y Corte goza nuestro amigo.

Cálamo Currente.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Primera Crónica General, ó sea Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio, y se continuaba bajo Sancho IV en 1289, publicada por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.—Madrid, señores Bailly-Bailliére é hijos, Editores, 1906. Tomo I, Texto.—IV + 776 págs.

La casa de Bailly-Bailliére que tantos servicios viene prestando á los españoles estudiosos, editando con cariñoso esmero tantas obras de diferentes ramas del saber humano, nos ofrece hoy una verdadera joya para la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, que va saliendo á luz bajo la dirección del eximio D. Marcelino Menéndez y Pelayo y de cuyos tomos anteriores se ha ocupado ya esta REVISTA.

El texto que ahora nos presenta el joven académico D. Ramón Menéndez Pidal, es de los que se reciben al toque de la campana que solo suena en días grandes. Inútil es volver á hablar encomiando el trabajo de un hombre, todo ciencia, toda actividad ordenada y que ya ganó desde hace tiempo un primer puesto entre los sabios de aquende y de allende: los asíduos lectores de nuestra REVISTA tuvieron ocasión de saborear más de un estudio suyo. Esta *Primera Crónica General* la esperábamos los que le vimos salir airoso en la crítica de crónicas parciales de la historia hispana, donde el embrollo de códices y manuscritos dieron motivo á graves errores históricos.

Fácilmente se comprenderá la importancia de esta *Primera Crónica General*. Hasta ahora no había sido dado á luz este primer monumento de nuestra historiografía vulgar. Sólo era conocido en una mala refundición, que publicó en 1541 el cronista del Emperador Carlos V, Florián Docampo. Después las Cortes del reino, así como los reyes Felipe IV, Carlos II y Carlos IV, mirando como de interés público la reedición de la *Crónica General*, planearon en diversas ocasiones la empresa, sin que se lograra ningún resultado, á pesar de que la última vez era la Academia de la Historia la encargada del trabajo.

La antigua *Biblioteca de Autores Españoles* se propuso incluir entre sus tomos el de la *Crónica General*, pero también inútilmente. Hoy lo consigue la *Nueva Biblioteca*, restituyendo á su primitiva forma el texto en cuestión.

El primer tomo se limita á ésto; el segundo contendrá un estudio histórico-literario de la misma, y los índices y glosarios necesarios para el manejo del texto.

Pero ¿á qué escribir por nuestra propia cuenta, acerca de los méritos indiscutibles de las obras de Menéndez Pidal? El señor Menéndez y Pelayo—*Discursos ante la R. A. Española, 19 Oct. 1902, p. 95*—, dijo:

«Todo libro ó memoria del Sr. Menéndez Pidal, sugiere otros muchos y contiene mucho más de lo que su título indica. ¿Quién podría sospechar, si no conociese al autor, que bajo el modesto título y forma

de un Catálogo de las *Crónicas generales de España*, se ocultase nada menos que el primer estudio formal acerca de la historiografía española, la primera y afortunada tentativa para desembrollar el caos de las innumerables redacciones y refundiciones, compilaciones y epítomes, que consultados aisladamente por los eruditos antiguos, han traído tantas confusiones al campo de la historia positiva, y al de la historia poética y legendaria, que no es menos real que aquélla, aunque lo sea con otro género de verdad más honda? El Sr. Menéndez Pidal ha entrado con paso firme en este laberinto y podemos seguirle con entera confianza. El árbol genealógico que ha llegado á trazar de todas las ramas, cuyo tronco es el libro de Alfonso el Sabio, puede tenerse por definitivo.»

Veamos, también, los juicios de ilustres extranjeros. El profesor de la Universidad de Friburgo, Enrique More, en su hermoso ensayo titulado «Die sieben Infanten von Lara»—*Deutsche Rundschau*, año 26, *Berlin*, 1900, p. 380—, lamenta que la *Crónica general de España* sólo fuese conocida en refundiciones estropeadas, «mientras dormían, desconocidas en aun inexplorados códices, sus formas más antiguas y completas, escritas bajo los reinados de Alfonso X y Alfonso XI. El haberlas llamado de nuevo á la vida, sacándolas de este sueño tantas veces secular, es el mérito de un joven investigador español, Ramón Menéndez Pidal. Él, como el Príncipe del cuento, ha desencantado á la dormida Blancaflor, y ella en agradecimiento le ha revelado muchos secretos de antiguos tiempos. R. Menéndez Pidal ilumina vivamente la espesa tiniebla, que se cernía sobre el desarrollo de las antiguas Crónicas reales españolas; él ha sacado á luz por primera vez relatos antes perdidos, y con la vara mágica de su investigación en los archivos de su patria, ha hecho brotar una *fontaine de jeunesse*, en la cual se remozan todas las antiguas leyendas españolas».

A. Morel-Fatio, director adjunto de la *École des Hautes Études—Romania*, 1899, XXVIII—, y Mario Schiff profesor en el *Reale Istituto di Florencia—Revue Hispanique*, VI, 1899, p. 156—, elogiaron calurosamente á nuestro Menéndez Pidal con motivo del Catálogo citado, publicado en 1898. Y etcétera, etcétera...

La REVISTA DE EXTREMADURA envía al docto académico su testimonio de admiración y cariño, ambos grandes y sinceros.

G.-P.

DE VARIAS REVISTAS

Hemos leído, con el interés que siempre ofrece cuanto sale de su pluma, el artículo «Monumentos hebreos» que en el *Bol. de la Real Acad. de la Hist.* (n.º de Feb.) publica el sabio sacerdote Sr. D. Fidel Fita. Apunta en él noticias que pueden aprovechar en la investigación de lápidas hebreas, en varias poblaciones donde se sabe que hubo numerosos vecinos judíos, pues son pocas las lápidas que hasta ahora solo la casualidad ha descubierto y tienen tanto interés como las visigóticas y romanas.

Es extraño que Cáceres, p. ej., donde moraron tantos del pueblo proscrito, no haya dado su suelo ninguna inscripción hebrea, y si bien sabemos dónde tuvieron su sinagoga (S. Antonio del Barrio) se ha perdido la memoria del lugar de su cementerio.

Béjar, una de las aljamas que más tributaban, no cuenta más que con una lápida hebrea, «insigne» por cierto, de la que dió atrevida traducción un paisano nuestro, que memora á una *Doña Padueña*, y que ahora esclarece de modo concluyente á la vista de fotografías (nosotros le proporcionamos alguna no muy buena) el doctísimo epigrafista á que nos referimos.

Transcribe éste lo que de los judíos de Plasencia trae Fray Alonso Fernández; nota que nuestra REVISTA ha tocado alguna vez la historia de los hebreos en la región; espera mucho de nuestro benemérito compañero D. V. Paredes, que apuntó, como probable, la prosapia judiega de Colón, y de su inédita *Historia de la Ciudad y Tierra de Plasencia*, del cual recoge los datos que en su monografía, aún no acabada, de *los Zúñigas*, hemos venido publicando, y enmienda ó conjetura que los nombres (1) *Indacaces*, *A Zafines Capa* y *Salomón Aleen*, han de entenderse por *Iudá Cacés*, *Azafin Escapa* y *Salomón Aben*, con algo más que dejamos para el curioso.

Dámosle gracias por las frases de consideración que tiene para la REVISTA y nuestros amigos, y por habernos dado á conocer en el retiro en que escribimos tan interesantes notas y concienzudo estudio como en el artículo se encierran.

S.

Nuestro distinguido colaborador el sabio Catedrático de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Zaragoza, D. MANUEL SERRANO Y SANZ, publica en el número correspondiente á Noviembre-Diciembre de 1906, de la acreditada y culta *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, la **Suma de las Relaciones de Logroño | cerca de brujos, hecha también por el mismo | Pedro de Valencia**, cuyo primer discurso publicó en los números XIII y XIV de nuestra REVISTA que corresponden á los meses de Julio y Agosto de 1900. Acompaña á este trabajo una reproducción en fotograbado del retrato del ilustre zafrense Pedro de Valencia, que por donación de la Sra. Condesa de Casa-Valencia posee el Museo Arqueológico Nacional.

En el mismo número y bajo el título *Romances que deben buscarse en la tradición oral*, comienza la publicación de un interesante trabajo de la conocida escritora SRA. D.^a MARÍA GOYRI DE MZ. PIDAL, del que nos ocuparemos más despacio cuando termine su publicación.

B.

(1) Número de Sept. de 1904, pág. 397.